



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Programa de Maestría y Doctorado en Letras

Facultad de Filosofía y Letras

Instituto de Investigaciones Filológicas

Parricidio y suicidio en *Gracias por el fuego*: un diálogo entre psicoanálisis y literatura

Tesis

que para optar por el grado de:
Maestro en Letras (Letras Latinoamericanas)

PRESENTA:

IVÁN GABRIEL LLANO ALCÁNTARA

Tutor principal:

ARMANDO ANTONIO PEREIRA LLANOS

Programa de Maestría y Doctorado en Letras

Miembros del comité tutor:

Dr. Eduardo Casar González
Facultad de Filosofía y Letras

Dr. Miguel Guadalupe Rodríguez Lozano
Instituto de Investigaciones Filológicas

Dra. María Raquel Mosqueda Rivera
Instituto de Investigaciones Filológicas

Dr. Héctor Fernando Vizcarra Gómez
Instituto de Investigaciones Filológicas

CIUDAD UNIVERSITARIA, CIUDAD DE MÉXICO, MAYO, 2022



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Carlo Emmanuel Llano Zaragoza

In memoriam

Agradecimientos

Esta investigación se realizó gracias al apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

Mi más profundo agradecimiento a mi tutor, el Dr. Armando Pereira Llanos, porque en condiciones adversas y con el riesgo que entraña dirigir un trabajo susceptible de polémica, me brindó todo su apoyo. Gracias por respetar y motivar la libertad creativa de este trabajo.

Nuevamente a Nayelli, *Già eran li occhi miei rifissi al volto de la mia donna*, por todo su amor y complicidad; y a Gabriel, motivo y fuente de vitalidad en este camino.

A mi madre y hermanos por su amparo y sustento amoroso.

A mis suegros, Diana y Gustavo por su compañía fraterna y disposición de apoyo.

A Gerardo por su compañía en días aciagos.

A quienes partieron, pero se niegan a morir. Con todo mi cariño: Dra. Paciencia Ontañón, Dr. Luis Corona, Joaquín Medina, Raquel Gómez. *In memoriam*.

A mis sinodales, la Dra. Raquel Mosqueda Rivera, el Dr. Miguel Guadalupe Rodríguez Lozano, el Dr. Eduardo Casar González y el Dr. Héctor Fernando Vizcarra, quienes con sus invaluable críticas y oportunas recomendaciones mejoraron la presente investigación.

A dos años dos meses de la pandemia por Covid-19

Índice

Introducción.....	5
Capítulo 1. Del parricidio psicológico.....	9
1.1. Complejo de Edipo e identificación.....	12
1.2. El Super-Yo y La Ley del padre.....	20
1.3. Neurosis.....	32
1.4. Suicidio.....	37
Capítulo 2. Del autoritarismo.....	49
2.1. Vínculos primarios y proceso de individuación.....	50
2.2 El hombre como mercancía.....	54
2.3 Del carácter autoritario.....	61
2.4 Semejanzas y divergencias.....	74
Conclusiones.....	81
Bibliografía.....	84

Introducción

El parricidio como tema en la literatura lo podemos encontrar en textos tan antiguos como *Edipo rey* de Sófocles, en mitos griegos que hablan acerca del origen de Zeus y sus hermanos, en dramas renacentistas como *Hamlet* de Shakespeare, en novelas decimonónicas como *Los hermanos Karamazov* de Dostoyevski y en textos contemporáneos como la novela que propongo analizar.

El asesinato del padre siempre constituye una ruptura legal, psicológica, social, moral y afectiva. En este sentido, la interpretación y estudio del parricidio en la novela *Gracias por el fuego* (1965) del escritor uruguayo Mario Benedetti (Paso de los Toros, 1920 - Montevideo, 2009) puede aportar datos interesantes acerca de la condición psicológica del protagonista y, a través de éste —convencido de la necesidad de matar a su progenitor—, de su sociedad.

Conviene destacar que Benedetti, en la mayor parte de su obra narrativa, expone la desigualdad e injusticia padecida por algunos sectores de la sociedad latinoamericana. Sin embargo, su discurso no se queda en la mera anécdota del relato, sino que apela a la capacidad crítica del lector. Mucho se ha discutido sobre la pertinencia de incluir su obra como parte del canon literario¹, debido a la aparente facilidad, por parte de sus lectores, para decodificar sus textos. Con el presente trabajo, no obstante, se pretende destacar la importancia de su obra por su contenido y su vigencia. Por otra parte, el estudio de su obra narrativa en

¹ Crf. Alejandro Solomianski en “Últimos saludos al compañero y maestro: primeros balances póstumos”, *A contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* [en línea]. NC State University, 2010, Vol. 8, No. 1, 423-430 pp. [consultado el 2 de octubre de 2021]. ISSN-e 1548-7083. https://projects.ncsu.edu/project/acontracorriente/fall_10/reviews/Solomianski_rev.pdf

nuestra institución es mínima —se limita a unas cuantas tesis—², por lo que este trabajo puede contribuir no sólo a ampliar las investigaciones que al respecto se han hecho sino también a abrir la discusión sobre la pertinencia de su lugar en el canon.

En la novela *Gracias por el fuego*, Benedetti evidencia, a través del conflicto entre padre e hijo, la corrupción de una clase social privilegiada por el sistema, y representada por el padre de la familia Budiño, que no está dispuesta a perder su nivel socioeconómico y su poder ante un estrato que, por otra parte, se limita a aceptar su estado marginal. En este sentido, el parricidio funciona como mecanismo de emancipación ante la imposibilidad de mejorar la situación imperante.

Edmundo Budiño, padre del protagonista, es un hombre poderoso, dueño de un periódico de circulación nacional y con un sistema de valores al servicio de sus intereses económicos; su personalidad destaca por el autoritarismo con el que pretende gobernar a las personas que lo rodean, a sus subordinados, incluida su familia. Ramón, por su parte, es un hombre sin iniciativa, cuyas decisiones con respecto a su esposa e hijo están supeditadas a las determinaciones de su padre; es un hombre gris a la vista de sus personas queridas; sin embargo, se resiste a aceptar su posición.

El objetivo de la tesis es demostrar que la relación ambivalente del personaje principal con su padre es un reflejo simbólico de la relación de la autoridad con el pueblo. Asimismo, se pretende demostrar que la solución al conflicto en la relación filial a través del suicidio es en realidad la

² Francisca Orozco Luna, *La narrativa urbana de Mario Benedetti*, Tesis de maestría, FFyL, UNAM, 1989, 235 pp. y Guadalupe Alicia García Rosas, *El tiempo en la construcción discursiva de tres cuentos: Acaso irreparable, Cinco años de vida y Miss amnesia de Mario Benedetti*, Tesis de licenciatura, ENEP Acatlán, 2000, 89 pp.

representación de un parricidio fallido en lo concreto, pero consumado en la dimensión del deseo, y que transgrede y sienta un precedente liberador para otros por sus efectos.

Para la interpretación y análisis de la novela se propuso como marco teórico el psicoanálisis y la sociocrítica. Convendría recordar al respecto que las obras artísticas no surgen de manera espontánea, sino que responden y dan cuenta del entorno en el que nacen, y que la obra contiene, proyectados, los contenidos manifiestos y latentes del autor. En otras palabras, la obra refleja tanto el exterior como el interior, lo colectivo y lo individual, lo histórico y lo psicológico.

La discusión sobre la pertinencia de ciertas ciencias o disciplinas utilizadas para la interpretación y acercamiento a la obra literaria suscita polémica, pero, en el caso de este estudio, la conveniencia del psicoanálisis y la sociocrítica como metodologías teóricas es viable porque permiten entender e interpretar los motivos inconscientes de los personajes, y cómo repercuten en las decisiones y acciones que, a su vez, se reflejan en el ámbito social. El contenido manifiesto se resume en el discurso anecdótico de la novela y es evidente al lector. Lo que resulta de interés para este estudio es la interpretación de lo que no se expone abiertamente en el relato (el contenido latente).

No se pretende en modo alguno exponer algún rasgo patológico por parte del autor o identificarlo proyectado en alguno de sus personajes —pues eso le atañe a la ciencia de la psicología— sino, más bien, se trata de develar lo velado y la manera en que funciona para elaborar un discurso verosímil.

Uno de los problemas principales que se plantea en la tesis es que Ramón, al suicidarse, no sólo está terminando con su vida, sino que

simbólicamente está concretando el asesinato del padre. En una interpretación elemental, y desde otro enfoque, pudiera parecer un acto de amor por parte de Ramón, ya que se mata para no eliminar a su progenitor. Pero si entendemos, con algunos estudiosos de la psique humana, que todo suicida es en realidad un asesino en potencia³, entonces advertimos que Ramón, al suicidarse, en el ámbito de lo simbólico —del deseo— no está salvando a su padre, sino que lo está eliminando, pues es el único responsable de su sufrimiento y habita en su psique, introyectado. Comete un parricidio en la dimensión del deseo que sienta un precedente para la sociedad: es posible despojar a la figura autoritaria y represiva de su poder, pero para hacerlo hay que sacrificarse. Las consecuencias sociales se evidencian en la relación de Edmundo con su amante, Gloria Caselli, quien, motivada a su vez por la decisión de Ramón, decide liberarse de su amante y dejarlo.

La tesis se divide en dos capítulos. En el primer capítulo, “Del parricidio psicológico”, se analiza la infancia y adolescencia del protagonista, y se recurre mayoritariamente para la interpretación del texto a las teorías de Sigmund Freud; en el segundo capítulo, “Del autoritarismo”, se expone la relación simbiótica entre el carácter autoritario del padre y el carácter masoquista del hijo, así como las características de cada uno de estos caracteres, y la manera en que se reflejan en la relación padre e hijo. Por otra parte, además de las ideas de Freud, para el sustento teórico de esta tesis, se recurrió a las ideas propuestas por Erich Fromm, Herbert Marcuse, Terry Eagleton y Karl Marx.

³ Cfr. Karl Menninger, *El hombre contra sí mismo*. Barcelona, Ediciones Península, 1972, p. 25.

No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa.

Mt., X, 34-37

Capítulo 1

Del parricidio psicológico.

En la literatura, como en otro tipo de manifestación artística, forma es fondo y viceversa. A partir de la manera en que un autor estructura su obra, define el tipo de acercamiento que busca por parte del lector para comprender su contenido. En el caso de *Gracias por el fuego* confirmaremos esta premisa.

Para presentar su narración, y para justificar la historia del personaje principal, Benedetti se vale de ciertos recursos literarios, entre los que destacan los continuos saltos temporales.⁴ Cabe mencionar que, el empleo de una secuencia temporal fragmentaria, como la que presenta la novela, solicita del lector, para una mejor comprensión, la reconstrucción mental de los hechos en un orden cronológico lineal. Mariano Baquero comenta al respecto: “La involucración de distintos planos temporales en la novela tradicional equivalía, en muchos casos, a la postulación y búsqueda de un orden” y añade que la presencia del desorden temporal en la novela, “no hacía sino subrayar enfáticamente la necesidad —a la que tendía el afán racionalizador, clarificador,

⁴ Lilliana Befumo Boschi y Gabriel Tineo de Garoni en “Tratamiento del tiempo en *Gracias por el fuego* de Mario Benedetti”, *Explicación de textos literarios*, Department o Foreign Languages California State University, 1986-1987, vol. XV-1, pp. 3-20, distinguen dos modos de articulación del tiempo pasado: los recuerdos voluntarios, que reúnen en total 8 episodios y los recuerdos involuntarios, cuya cantidad es de 9, es decir que en total encontramos 17 saltos temporales.

del lector- de un orden estructural, captable, pues, a través de su desorden”.⁵ Conviene entender, para continuar con nuestro estudio, qué quiere decir Mariano Baquero con “novela tradicional”.

Mariano Baquero distingue en la novela clásica o tradicional y la novela actual el tipo de desorden cronológico que corresponde respectivamente y con mayor presencia a cada una de ellas. Así pues, señala complicaciones temporales en novelas a las que califica de clásicas o tradicionales, como *Cumbres Borrascosas*, en las que, sin embargo, nunca resultan excesivos ni complicados los saltos de tiempo. En contraste, identifica en la novela actual un “intencionado desorden cronológico”, cuyo fin inmediato consiste en crear el efecto de caos, ambigüedad y confusión, tal es el caso de *El sonido y la furia* de Faulkner o la novela *Rayuela* de Julio Cortázar. En este sentido, reconocemos en *Gracias por el fuego* una novela con un desorden cronológico moderado que, aunque se publicó en 1965 y podría clasificarse como actual, corresponde con el primer tipo de novela, es decir la clásica o tradicional.⁶

Ahora bien, para fines de nuestro análisis, conviene cuestionarnos sobre la razón o razones que llevaron a Benedetti a estructurar cronológicamente *Gracias por el fuego* de la manera en que lo hizo, esto es, con varios saltos temporales. Así pues, ¿qué objeto tiene que el autor, en voz del personaje principal y narrador de la mayor parte del relato, recurra a una estructura temporal fragmentaria? Para encontrar solución a esta interrogante, resulta necesario remitirnos al contenido de la obra: Ramón Budiño recurre a la retrospectiva para reconstruir su pasado y, a partir de ahí, explicarse su presente.

⁵ Mariano Baquero, *Estructuras de la novela actual*. Barcelona, Planeta, 1972, p. 137.

⁶ Para esta investigación se utilizó la primera edición de Alfaguara 2005.

Benedetti admite, de esta manera, la trascendencia del pasado, y en particular de la infancia, en la vida del protagonista, en tanto evoca con especial detalle esta etapa. En este sentido, la labor del autor se asemeja a la del psicoanalista, ya que, al igual que éste, recurre al pasado para descubrir sucesos importantes de la experiencia que puedan servir para comprender y explicar mejor por qué el personaje actúa y piensa de determinada manera. Sin embargo, cabe aclarar que el análisis psicoanalítico en la obra literaria no pretende exhibir tan sólo un diagnóstico clínico de las patologías de los personajes.⁷ En todo caso, aspira a comprender mejor los procesos conscientes e inconscientes y la manera en que repercuten en la vida del individuo, y en nuestro caso en particular, en la vida de los personajes.

Al respecto, Freud, como Benedetti, reconoce en la infancia la mayor fuente de información. El padre del psicoanálisis se remite a esta etapa para poder explicar, entre otras cosas, la elección de objeto, la génesis de patologías conductuales, el comportamiento de los seres humanos encauzado por la formación de las entidades mentales, etc. Ahora bien, aunque el origen de buena parte de nuestro comportamiento se encuentra en el pasado remoto de nuestra experiencia, muchas de nuestras elecciones y conductas son motivadas de manera inconsciente. Por esta razón, el psicoanalista se ve en la necesidad de rastrear, desde el presente, el origen de nuestros actos inconscientes o conscientes en el pasado. Debe, ante todo, interpretar la mayor cantidad de información que se encuentre disponible. En este sentido, conviene destacar que el psicoanálisis, antes que una ciencia médica, es una herramienta de interpretación. Así pues, Ramón Budiño, hace lo propio y se pregunta: “¿Tan atrás, tan atrás? Debe hacer de esto por lo menos treinta y cinco, treinta y seis

⁷ Cfr. Paciencia Ontañón, *Ana Ozores, La Regenta. Estudio psicoanalítico*. México, UNAM, 1987, p. 7.

años. No: justo treinta y siete. Antes de eso, sólo instantáneas sueltas, algo así como fotografías de álbum, pero no un episodio completo, redondeado.”⁸

1.1 Complejo de Edipo e identificación

Como ya se mencionó, la infancia es una etapa importante en la vida de los individuos. En ella se origina nuestra predisposición al placer o al dolor y los conflictos anímicos derivados de ésta. Asimismo, también se esboza nuestra preferencia sexual, a la que Freud designa como elección de objeto. Es importante señalar que el creador del psicoanálisis distingue “deseo sexual” de “elección de objeto”⁹, en tanto que advierte que el deseo sexual es inherente a los seres humanos, mientras que la elección del objeto está determinada por preferencias individuales que, en parte, tienen su germen en el Complejo de Edipo y en la identificación con alguno de los progenitores. Freud señala: “La identificación es conocida al psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del Complejo de Edipo”¹⁰

En *Gracias por el fuego*, podemos observar que el protagonista evoca la manera afectiva en que percibía a su padre, en oposición con la forma en la que, en el presente, lo hace: “Todavía no era el Viejo. Sólo Papá. Papá dicho y pensado minuciosamente a mis seis años”¹¹ Con la palabra Viejo, Ramón designa, de manera peyorativa, al padre, a quien anteriormente consideró de manera cariñosa como Papá. En ese pasado remoto, todavía no recibía las

⁸ Mario Benedetti, *Gracias por el fuego*. México, Alfaguara, 2005, p. 45.

⁹ Cfr. Sigmund Freud, “Tres ensayos sobre teoría sexual” en *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*. Madrid, Alianza, 2003, p. 9-114.

¹⁰ Sigmund Freud, “Psicología de las masas” en *Psicología de las masas*. Madrid, Alianza, 2000, p. 42.

¹¹ Mario Benedetti, *Op. cit.*, P. 45.

experiencias desagradables que crearían el distanciamiento y la aparente desaparición de la estima por su padre. Sin embargo, a la escasa edad de seis años, Ramón, como cualquier otro niño de su edad en condiciones familiares estables, admira a su progenitor:

Es lindo ir caminando con Papá. No hubiera podido decirlo con otras palabras, pero me sentía protegido, contento. Era estupendo saberse hijo de ese tipo impecable, elegante, siempre afeitado, seguro de sí mismo, que todo lo miraba con calma, que todo lo entendía sin vacilaciones.¹²

Ramón idealiza al padre y asume la identificación con él. Se revela parte de la teoría freudiana que habla del reconocimiento y admiración que muestra el descendiente del sexo masculino por su padre: “El niño manifiesta un especial interés por su padre; quisiera ser como él y reemplazarlo en todo. Podemos, pues, decir, que hace, de su padre, su ideal.”¹³

Conviene destacar que antes de este episodio, en el que Ramón relata que su padre lo lleva a una juguetería para que elija un juguete, nuestro protagonista no recuerda casi nada, excepto “instantáneas sueltas” y recuerdos e imágenes que seguramente ha elaborado a partir de fotografías. Los lectores sólo contamos con este antecedente, el más antiguo recuerdo de su infancia. Empero, podemos inferir que el proceso del Complejo de Edipo inició antes de que Ramón pudiera construir un episodio coherente de su vida infantil, como éste que elabora para recobrar su noción de papá.

No obstante, para comprender mejor este argumento resultará de gran utilidad tratar de entender en qué consiste la teoría del Complejo de Edipo.

¹² Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 47.

¹³ Sigmund Freud, “Psicología de las masas” en *Psicología de las masas*. Madrid, Alianza, 2000, p. 42.

Sigmund Freud observó que los seres humanos, en sus primeros días de vida, dependen por completo de la protección y cariño de la madre o nodriza, debido al estado de desamparo en que se hallan. Ellas se encargan, según sea el caso, de proporcionar los satisfactores básicos para garantizar la continuidad existencial de la criatura. No obstante, el psicoanalista vienés identificó que, además de la satisfacción de instintos básicos como el hambre y el calor corporal, en algún momento surge la energía libidinal, también conocida como instinto sexual. Así pues la relación del niño con la madre, que en un principio se limitaba a la satisfacción de otros instintos, toma otro cariz. A partir del estímulo biológico básico que implican las caricias y el acto de la lactancia, surge el instinto sexual. “La relación con la madre toma una nueva dimensión libidinal: nace la sexualidad como una especie de estímulo en un principio inseparable del instinto biológico del cual se separa, alcanzando cierta autonomía.”¹⁴

El niño, sin embargo, se percató de la presencia del padre, de ese otro fálico que puede implicar no sólo la satisfacción sexual de la madre, sino también la prohibición del incesto. En este sentido, uno de los primeros sentimientos que se despiertan en el infante en relación con su progenitor es de carácter hostil. A esta relación de rivalidad entre el padre y el hijo y al tipo de vínculo que establece con la madre Freud la designó con el nombre de Complejo de Edipo.

Del padre, se apodera el niño, por identificación. Ambas relaciones [la de la madre y el padre] marchan paralelamente durante algún tiempo, hasta que por la intensificación de los deseos sexuales orientados hacia la madre y por la percepción de que el padre es un obstáculo opuesto a la realización de tales

¹⁴ Terry Eagleton, *Una introducción a la teoría literaria*. México, FCE, 1998, p. 184.

deseos, surge el complejo de Edipo. La identificación con el padre toma entonces un matiz hostil y se transforma en el deseo de suprimir al padre, para sustituirle cerca de la madre. A partir de aquí, se hace ambivalente la relación del niño con su padre, como si la ambivalencia existente desde un principio en la identificación se exteriorizara en este momento. La conducta ambivalente con respecto al padre y la tierna aspiración hacia la madre considerada como objeto, integran, para el niño, el contenido del complejo de Edipo simple, positivo.¹⁵

Sin embargo, cuando el niño advierte que la presencia del padre supone, además de la rivalidad por el objeto deseado, el riesgo de una castración, abandona su deseo incestuoso. Cabe aclarar que la amenaza de castración por parte del padre no necesariamente se formula de manera oral, sino que el infante deduce este riesgo del hecho de observar la carencia del órgano masculino en las niñas o en su propia madre.

De esta manera, al renunciar a su objeto de deseo e identificarse con el padre, el infante supera parcialmente y de manera positiva el Complejo de Edipo. Freud comenta al respecto:

Al llegar la destrucción del Complejo de Edipo tiene que ser abandonada la carga de objeto de la madre, y en su lugar, surge una identificación con la madre o queda intensificada la identificación con el padre. Este último resultado es el que consideramos normal, y permite la conservación cariñosa con la madre. El naufragio del Complejo de Edipo afirmaría, así, la masculinidad, en el carácter del niño.¹⁶

Ahora bien, en el caso de Ramón Budiño pudimos percatarnos de la identificación con el padre y, por tanto, de la reconciliación. Ramón ve en su progenitor la figura protectora de la infancia. Pero en Ramón, como en la

¹⁵ Sigmund Freud, "El yo y el ello" en *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología*. México, Alianza, 1989, p. 24.

¹⁶ *Ibidem*, p. 25.

mayoría de los niños, y a pesar de la presencia paterna, surge el miedo al abandono y a la orfandad:

Cuando me acostaba, tenía siempre la sensación de estar indefenso, de estar abajo. Abajo era, por ejemplo, mirar hacia aquel techo temible y manchado que podía caerse. Una vez se había caído sobre la cocinera y cuánta sangre. Abajo era mirar aquella bombilla eléctrica, con su garabato de luz y las cinco moscas estáticas en el cordón, a la espera de algo.¹⁷

En el momento en el que invaden a Ramón los sentimientos de displacer, que se manifiestan cuando la oscuridad lo envuelve, solicita el amparo de su progenitor e, incluso, repite el rito para garantizar que el auxilio y la seguridad anhelada siempre estén disponibles.

Sé que este cuento es mentira, pero experimento un disfrute tembloroso al construirme este terror particular, para mi uso exclusivo, y las pocas noches en que he gritado, sacudiendo la espesa, impenetrable oscuridad, con un largo alarido, éste ha sido sincero, espontáneo, tan irracional y tan primitivo como si yo fuera un consciente inventor de mi propio pánico. En esos casos acude Papá en su pijama a rayas, enciende la luz y, naturalmente, no hay ningún peligro. Yo sé de memoria todo ese proceso. Pero sólo provisoriamente me tranquilizó.¹⁸

Ahora bien, hemos notado que la identificación paterna se ha logrado en el personaje, y mencionamos que supera parcialmente el Complejo de Edipo. Sin embargo, debemos puntualizar que, aunque en apariencia se logra la reconciliación paterna y la elección de objeto, el proceso del Complejo de Edipo no concluye sino hasta la adolescencia. Después de que el individuo establece, en la infancia, como modelo a seguir al padre, entra en una etapa

¹⁷ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 57.

¹⁸ *Ibidem*, p. 57.

conocida en psicoanálisis como periodo de latencia, en la cual los instintos libidinales hacia otro objeto sexual disminuyen, en parte debido a su represión inconsciente. Al llegar la pubertad, aquella energía sexual supuestamente dormida, despierta debido a los cambios biológicos propios de esta fase. “Con el advenimiento de la pubertad comienzan las transformaciones que han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución normal.”¹⁹

De esta manera, en la adolescencia se confirma la elección de objeto, es decir, la preferencia sexual hacia uno de los géneros propios de uno de los dos progenitores, suscitada a su vez, en parte, por la identificación. En el caso de Ramón, aunque la elección de objeto se confirma en el sexo contrario incluso antes de la pubertad, no se da con un propósito explícitamente sexual ni se consume, sino hasta la edad de 17 años. Por ejemplo, cuando Ramón se encuentra con Callorda, éste último le recuerda el trance que sufrió con su profesor de alemán, Herr Hauptmann, quien lo agrede al grado de hacerle una herida. Ramón evoca ese suceso y las impresiones que le provocaron. El dolor en la oreja y la aflicción que su amigo Carlos le muestra le preocupan menos que la admiración que despierta en Gudrun. Ramón aparenta apatía y procura no llorar o expresar abiertamente su dolor. “Es cierto que Carlos me compadece, pero en ese momento me importa más la posible admiración de Gudrun que la segura compasión de Carlos.”²⁰ Pretende así impresionar a su compañera. Su actitud impasible le confiere madurez y hace uso inconsciente de un mecanismo de defensa, pues prefiere aparentar otra cosa para que el profesor no se percate de su vulnerabilidad: “Porque Carlos no comprende cabalmente eso de alejarse del sufrimiento, eso de compadecer a Herr Hauptmann, eso de lamentar su

¹⁹ Sigmund Freud, “Tres ensayos sobre teoría sexual” en *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos de metapsicología*. Madrid, Alianza, 2003, p. 78.

²⁰ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 84.

soledad.”²¹ Así pues, advertimos que, desde una etapa anterior a la adolescencia, Ramón ya manifiesta interés por las personas del sexo contrario.

Ahora bien, inferimos que este percance se presenta cuando Ramón cuenta con aproximadamente entre 7 y 11 años de edad, etapa académica propia para cursar la enseñanza básica. Ramón recuerda una conversación entre su padre y la tía Olga con respecto a la conveniencia de mandarlo a estudiar a un colegio particular en el que además se impartan clases de alemán: “Siete años, ché, había dicho tía Olga. ¿Lo van a mandar a un colegio? Particular supongo.” A lo que el padre responde molesto: “Tal vez lo mandemos a un colegio particular, pero no por tus razones [tía Olga piensa que la escuela pública, a diferencia de la privada, es de mala calidad, opinión que no comparte Edmundo], sino para que aprenda un idioma. Ah, tragó tía Olga, ¿al British? No, al Colegio Alemán.”²²

Por otra parte, resulta importante señalar que, aunque la elección de objeto se cumple en el protagonista, la identificación con el padre sufre un cambio importante durante la adolescencia, que lo llevará a conflictos anímicos de trascendencia. Ramón se cuestiona el momento en el que la relación con su padre se modificó. “¿Cuándo le perdí el cariño? ¿Cuándo empezó el desencanto?” Y él mismo responde:

Papá y Mamá detrás de la mampara. Me había ido a lo de Costa, a estudiar física tercero. Pero me olvidé la lapicera fuente y tuve que volver. Tenía puestos los zapatos de básquetbol y además no hice ruido porque creí que dormían. Pero no dormían. Dejate, dijo Papá. Habría tenido que irme, eso hubiera sido lo correcto. Pero quedé paralizado. Dejate. Mamá lloraba. Mamá llora. Lo hacés con todas, con todas, sólo soy una más, no puede ser, no puedo Edmundo. Y la voz inexorable: Dejate. ¿Y los hijos, y los hijos, ni siquiera pensás en los hijos

²¹ *Ibidem*, p. 82.

²² *Ibidem*, p. 56.

cuando andás con esas locas? La voz de Mamá es como un hipo. Dejate. No puedo Edmundo, no puedo. Entonces suena el golpe de él y el grito de ella. Un golpe seco, humillante. Mamá querida. Mamá. En seguida el silencio. Paralizado. Quede paralizado. Yo tenía que haber entrado, tenía que haberle dado con una silla en la cabeza. Ahora lo sé. Pero entonces estaba estupefacto. Y además no podía verla a ella desnuda, yo no lo hubiera soportado. Papá se había convertido en el Viejo. Después de la agitación, el ruido del elástico, la respiración ronca y con tos, y un gemido entrecortado, lloroso, vencido. Escapé antes del final, sin lapicera fuente, sin nada, Fui corriendo hasta la Rambla, bajé a las rocas, lloré hasta la noche.²³

Ramón confirma, “Papá se había convertido en el Viejo”, es decir, su mismo progenitor destruye la imagen que el protagonista, durante su infancia, admiró. Ramón rechaza el concepto que se había forjado sobre Edmundo, una vez que advierte cómo abusa sexualmente de su madre. Sin embargo, Ramón no puede deshacerse de la noche a la mañana del amor a su padre, engendrado en su tierna infancia, por lo que se genera un conflicto emocional y de identidad. Renace la rivalidad y el sentimiento hostil que durante el periodo infantil ya había sido superado y, paradójicamente, conserva el recuerdo del amor paternal. Desplaza los sentimientos de admiración hacia su madre, quien es capaz de soportar a un marido violento e infiel. Al despertar en Ramón el sentimiento ambivalente de amor-odio por el padre, resucita el Complejo de Edipo que en apariencia ya había sido superado. Aparece otra vez la necesidad de eliminar al padre y con él al poseedor del falo y potencial castrador. Sin embargo, debido a esta confusión emocional nace, de manera inconsciente, el sentimiento de culpa. ¿Cómo conciliar el deseo de destruir al padre y la necesidad de su afecto y reconocimiento? Más adelante analizaremos de qué manera afecta a Ramón.

²³ *Ibidem*, p. 77.

Advertimos que Ramón rechaza al padre, pero también, simultáneamente, Edmundo se muestra ante su hijo como un hombre cruel y despiadado. “Porque a Ramón le muestra un Edmundo Budiño más cínico, más oscuro, más agresivo, más cruel de lo que él en realidad es.”²⁴ Edmundo impone su Ley y ejerce su poder destructivo incluso contra Ramón.

1.2 El Super-Yo y La Ley del padre

Además de jugar un papel trascendental en la etapa que corresponde al Complejo de Edipo, el padre participa involuntariamente en la formación de la entidad mental conocida como Super-Yo. Dicha entidad ejerce gran influencia en las actitudes de Ramón Budiño, aunque éste no se percate de manera consciente de esta situación. Más adelante analizaremos de qué manera. Pero, antes que nada, resulta oportuno explicar la labor del Super-yo.

Debido a que resulta imposible realizar un acercamiento de tipo físico a la psique humana para comprender la manera en que opera, Freud, para facilitar su análisis y estudio, la dividió metafóricamente en tres instancias: Yo, Super-Yo y Ello.

El Ello es la instancia mental responsable de la procuración de placer inmediato. Es aquella porción de la psique que procura mantener al organismo en un estado constante de excitación, por lo que garantiza, de alguna manera, la predisposición y la tendencia a la vida. Esta parte del aparato psíquico se rige por completo bajo el principio del placer.

El Super-Yo, en cambio, es aquella instancia mental, encargada de satisfacer el ideal del Yo. Su función principal es de carácter restrictivo y

²⁴ *Ibidem*, p. 123.

coercitivo, en tanto se convierte en la consciencia moral del individuo. Esta instancia toma como modelo a seguir, desde la infancia y a nivel inconsciente, la imagen del padre, principal representante de la Ley, según el psicoanálisis lacaniano.²⁵ Esta parte de la mente se conduce bajo el principio de realidad.

El Yo, a su vez, es la parte psíquica encargada de mediar entre las exigencias del Ello y el Super-Yo. Es la instancia que procesa y administra los estímulos sensoriales que provienen del exterior. A diferencia del Ello y el Super-Yo, cuyos estímulos se originan en el interior, el Yo se ve precisado, por una parte, a reprimir las demandas de las otras dos instancias, y por otra a funcionar como vínculo y contacto con su entorno físico.

El Yo organiza y decide si es posible satisfacer los dos tipos de impulsos que provienen tanto del Ello como del Super-Yo. Sin embargo, el Yo no siempre puede complacer ambas demandas, por lo que se produce un conflicto psíquico, que puede desencadenar algún tipo de alteración en el bienestar mental de los individuos. Mientras el Ello busca procurarse placer a como de lugar y de manera urgente, el Super-Yo, en su apuro por alcanzar el ideal del Yo y la aplicación de sus propias normas, impone la represión. De esta disputa por satisfacer sus respectivos impulsos el Yo sale afectado, por lo que la tensión se incrementa y se genera angustia. Para evitar la angustia originada, el Yo implementa una serie de obstáculos preventivos, cuyo fin consiste en impedir la sensación displaciente. A las medidas que toma para evitar la angustia se le conocen como mecanismos de defensa.²⁶ Ahora bien, cabe preguntarse ¿de qué manera afecta a Ramón Budiño el conflicto psíquico que se suscita a partir de las demandas que el Super-Yo genera?

²⁵ Cfr. Joël Dor, *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1998, p.14.

²⁶ Cfr. Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1954, pp. 55-74.

Advertimos que el ideal del Yo o Super-Yo surge de la identificación y apropiación de la imagen paterna. Sin embargo, cuando este modelo a seguir provoca sensaciones ambivalentes de amor-odio, puede ocasionar algún tipo de conflicto a nivel psíquico que se puede ver reflejado en las acciones que el individuo puede tomar. Tal es el caso de Ramón Budiño quien, por una parte, quisiera ser considerado y tomado en cuenta por él mismo, ser igual o más importante que su padre y no cobrar importancia a partir del hecho de ser hijo de éste, y por otra parte, pretende distinguirse del Viejo a quien considera una persona carente de principios y valores, así como principal victimario de su madre, pero al que, no obstante, quiere salvar porque lo ama. Para Ramón resulta difícil tomar distancia de Edmundo Budiño, a quien la sociedad, no obstante el concepto que su familia tenga de él, considera figura prócer, es decir modelo a seguir.

En la familia no hubo, ni hay, ni habrá sitio para otra persona importante que no sea el Viejo. Desplantes principistas, encendida oratoria, figura prócer. Nos ha absorbido a todos. Yo nunca fui Ramón Budiño sino el hijo de Edmundo Budiño. Mi hijo nunca será Gustavo Budiño sino el nieto de Edmundo Budiño. Hasta el abuelo, en los últimos años, fue sólo el padre de Edmundo Budiño. Por algo todos lo tratamos de usted. Todos: hijos, nietos, nueras.²⁷

El prestigio que se construye Edmundo en la sociedad uruguaya no resulta en el cariño de su hijo Ramón quien, en cambio, se siente afectado por el poder casi omnisciente del padre. El ejercicio y abuso de dicho poder contribuye más bien a acentuar el rol de autoridad frente al primogénito. Ahora bien, resulta oportuno tratar de comprender cómo se origina dicho rol en la formación del sujeto y en etapas tempranas de la vida para, de esta forma, entender mejor las

²⁷ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 44.

acciones que toma Ramón. Para ello remontémonos al estadio del Complejo de Edipo.

Resulta necesario, para alcanzar nuestro objetivo, concebir a Edmundo no sólo como el padre “encarnado” de Ramón, sino también, de acuerdo con Joël Dor, como “una entidad esencialmente simbólica, ordenadora de una función.”²⁸ El padre, pues, debe participar del deseo de los demás protagonistas que conforman la triada edípica, es decir, la madre y el hijo, para que dicha función se cumpla.

En este sentido, y a partir de una dimensión simbólica, el hijo se constituye en el único objeto capaz de satisfacer el deseo de la madre. Lacan comenta al respecto: “La relación del niño con la madre, como señalamos, no está fundada simplemente en la satisfacción o en la frustración, sino en el reconocimiento del objeto del deseo de la madre.”²⁹ En otras palabras, Ramón se reconoce como el objeto fálico capaz de satisfacer el deseo materno. Lacan añade: “Para agradar a la madre, es preciso y es suficiente con ser el falo”³⁰

Sin embargo, en una segunda etapa,³¹ el niño se percata, de manera paulatina, de la presencia del padre, del otro falo capaz de afectar tanto a la madre como al hijo: al niño al privarlo del objeto de deseo, y a la madre del objeto fálico. El niño comienza a percibir la presencia paterna como el falo rival, en tanto el padre posee derechos sobre el deseo de la madre. En palabras de Lacan: “El deseo de cada uno está sometido a la ley del deseo del otro.”³² Así pues, el niño se percata de que la madre es dependiente del deseo del padre y se somete a éste, acata la Ley del padre, quien, por su parte, impide la

²⁸ Joël Dor, *Op. cit.*, p. 12.

²⁹ Jaques Lacan, *Las formaciones del inconsciente seguido de El deseo y su interpretación*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1970, p. 96.

³⁰ *Ibidem*, p. 86.

³¹ Jaques Lacan la denomina “Segundo tiempo”.

³² Jaques Lacan, *Op. cit.*, p. 87.

relación incestuosa. Al niño no le queda más remedio que reconocer y acatar la misma Ley. Se cumple la función del padre. Al respecto Joël Dor comenta:

Por vía de consecuencia, el deseo del niño hacia la madre ya no puede evitar el choque con la ley del deseo del otro (del padre) a través del deseo de aquella. De modo que el niño debe tomar para sí esta nueva prescripción que regulará la economía de su deseo: el deseo de cada cual está siempre sometido a la ley del deseo del otro.³³

En esta segunda etapa del Complejo de Edipo surge la identificación con el padre y comienza el desarrollo del Super-Yo, el cual se encuentra íntimamente relacionado con la formación de la figura de autoridad que, a su vez, nace de la admisión de la Ley del padre. Ahora bien, ¿de qué manera afecta el origen y desarrollo de la figura de autoridad en las decisiones que toma Ramón y en la relación con su padre?

Ramón reconoce su incapacidad para enfrentar a su padre y, en contraste, expresa su admiración por Villalba, hombre que sí es capaz de encarar la figura de autoridad y a quien conoce a través de una grabación que Hugo le hace escuchar:

No está mal, decididamente no está mal. Ahora, ¿por qué ese tipo pudo hacerle frente y yo no? A veces voy dispuesto a enfrentarlo, incluso preparo el discurso, una especie de declaratoria de mi independencia, y sin embargo cuando llego frente a él se me borran las palabras, me quedo sin argumentos, o, cuando me acuerdo, todo me sale sin convicción, como sabiendo de antemano que él me va a mirar, va a sonreír, va a dar una chupada al habano, va a echarme sin disimulo ese pestilente olor en la cara, y luego va a abrir la boca para empezar a hablar con sorna, con odiosa confianza en sus propias fuerzas, avasallándome con sus imposiciones, con su prepotencia, con la ventaja que le da el saberse, o por lo menos creerse, infinitamente superior a su medio, a sus subordinados, a sus

³³ Joël Dor, *Op. cit.*, p. 46.

enemigos, a sus amigos, a sus hijos, a su pasado, es decir superior a todo, a todo menos a su propio futuro.³⁴

Ramón se entera, a través de la grabación, que el Viejo cuestiona a su empleado Villalba sobre el origen de la huelga y solicita que delate a los otros dos compañeros que participaron en su planeación. Al advertir la negación de Villalba, Edmundo le ofrece dinero que éste último rechaza. Ante la postura irreductible de su empleado, Edmundo termina por amenazarlo: “Mire, Villalba, usted está decidido a romper conmigo y yo tengo el modo de teparle la boca”³⁵ Una vez que prueba la integridad moral de Villalba, Edmundo le confiesa que sabe perfectamente quienes son los otros compañeros, quienes, por cierto, sí lo traicionaron a él:

—Entonces me gusta probar a la gente, me gusta ver cómo la plata borra las palabras. La palabra solidaridad, por ejemplo. ¿Ve esta carta? ¿Sabe qué es? ¿No sabe? Es una declaración firmada por Sánchez y Labrocca, en la que lo acusan a usted de ser el principal instigador de la huelga.³⁶

Sin embargo, Villalba reconoce que casi todos los hombres tienen su precio: “En el termómetro de la fidelidad siempre hay un punto de ebullición en que el hombre es capaz de vender a la madre”³⁷ Y al final de la discusión con su jefe, termina confesándole que, a pesar de todas las amenazas y seguras represalias, el mayor perjuicio que podría ocasionarle sería provocarle el repudio de sí mismo: “El mayor daño que usted podría infligirme, sería hacerme sentir asco de mí mismo.”³⁸

³⁴ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 100.

³⁵ *Ibidem*, p. 97.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Ibidem*, p. 98.

³⁸ *Ibidem*.

Ramón, por su parte, manifiesta su admiración por Villalba, debido precisamente a que el Viejo ha logrado provocar en su hijo el efecto negativo que en su empleado no logra. En otras palabras, Ramón desea no sentir asco de sí mismo, debido a su falta de coraje para enfrentar a su padre. Y la imposibilidad de obtener su deseo repercute en el propio rechazo. El valor para enfrentar a su padre —su deseo— se cumple en la figura de Villalba, pero no en él. Al respecto, conviene preguntarnos, ¿si Ramón odia tanto a su padre, como lo señala, por qué se ve incapacitado para alejarse de él?

El propio Edmundo advierte sobre la imposibilidad que tiene su hijo de liberarse de su poder, ya que, según él, todo lo que su hijo ha construido y los beneficios que ha obtenido se han debido exclusivamente a su intervención. Si Ramón cobra importancia, de acuerdo con Edmundo, y es apreciado tanto por su esposa como por su hijo Gustavo, se debe a la participación paterna. Asimismo, le señala que, no obstante le devuelva el dinero que en un principio le prestó para iniciar su agencia de viajes, siempre estará comprometido moralmente con él por la calidad de vida que ha logrado. De esta manera, el Viejo cercena la posibilidad para emanciparse de su autoridad:

Que vos me pagues hasta el último centésimo, me parece correcto, y no seré yo quien te reclame más. Pero, si yo estuviera en tu posición, quizá pensaría que todo este proceso de la Agencia estaba viciado de nulidad. Porque fui yo, con mi plata suciamente ganada, quien te dio la oportunidad que otros no tienen. No importa que me devuelvas el dinero. El hecho sigue siendo el mismo. Vos, y tu mujer, y Gustavo disfrutaban de una posición económica y social que, en honor a la verdad, no puede considerarse estrecha. Pero esa linda posición se debe pura y exclusivamente a que yo, el viejo cretino y deshonesto, te di a vos ochenta mil pesos suciamente habidos.³⁹

³⁹ *Ibidem*, p. 160.

En pocas palabras, el Viejo pudo comprar a su hijo y por ello Ramón está condenado a sufrir el autoritarismo paterno. Ramón, desde la perspectiva de Villalba, es de las personas que tienen su precio, y en la medida en la que se vende, se convierte en mercancía y pierde independencia y libertad con respecto a su comprador. Sin embargo, otro factor contribuye a impedir la emancipación del protagonista: de manera inconsciente Ramón se ve imposibilitado a infringir la Ley del padre, ya que, cada vez que pretende liberarse, el sentimiento de culpa lo invade. Asimismo, no sabe por qué razón el ánimo que acumula durante el tiempo previo a un encuentro con su padre, se desvanece como por arte de magia en cuanto lo ve.

En este sentido, el relato de uno de sus sueños es revelador y para analizarlo de manera más pertinente conviene remitirnos a la teoría que Freud formuló sobre la interpretación onírica.

De acuerdo con Freud, los sueños son productos psíquicos que, al igual que los productos literarios, son susceptibles de interpretarse a partir de su contenido manifiesto y su contenido latente. En el primero, el analista puede advertir elementos, imágenes oníricas o acústicas, que generalmente guardan relación con lo que se recuerda del sueño, aunque éste carezca aparentemente de una lógica o razón. “El elemento del sueño es en realidad la representación, en el contenido manifiesto, de todo este diverso material.”⁴⁰ En cambio, en el contenido latente se encuentra el material psíquico inconsciente que sólo puede ser develado a partir del análisis. De esta manera, para descifrar el material simbólico que conforma el sueño, resulta necesario recurrir a información que no se encuentra propiamente en el relato onírico.

⁴⁰ Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*. México, Círculo de Lectores, p. 36.

Así pues, en su sueño, Ramón revive un suceso que se remonta a su juventud, cuando apenas contaba con aproximadamente 22 años de edad. “Al cruzar la vía ferroviaria, entre Colón y Sayago, en una noche de mil novecientos treinta y ocho, tal vez treinta y nueve.”⁴¹ Ramón solía visitar a una amiga húngara de la preparatoria con quien tenía encuentros sexuales que se caracterizaban por la pasión desenfrenada que mostraba su pareja: “Qué tipa. Mezcla sexo con folklore y con patria. Acostarse con ella es también acostarse con las hordas de Arpad, con San Ladislao, con la Dieta de Debrecen y la batalla de Temesvar.”⁴² Una de tantas noches, a la una y siete, Ramón salió más distraído de lo habitual de casa de su amante y en el trayecto a su casa decidió tomar un atajo y atravesar las vías del tren. Sin embargo, no se percató de que, en el lugar por donde iba a atravesar, se encontraba el desvío de la línea, por lo que su pie derecho, “a la altura del tobillo”, quedó atrapado en las vías, justo segundos antes de la hora en la que solía pasar el tren. Con esfuerzo, no obstante, Ramón logró zafar su pie del zapato y, de esta forma, salvarse de ser mutilado por el tren que pasó segundos después de haber librado el percance.

Después de ese día, Ramón evoca dicho incidente, a través del sueño, cada fin de ciclo o etapa, o después de algún atracón: “Todas mis comidas pesadas, homenajes, despedidas de soltero, pavos de Navidad, terminan para mí en un ferrocarril que se acerca mirándome, como si disfrutara de antemano con mi aplastamiento.”⁴³ Y aunque el narrador atribuye el origen de sus pesadillas a las comilonas, no podemos dejar de advertir que éstas últimas se relacionan con acontecimientos importantes de la vida como los finales de año o transiciones entre una etapa y otra.

⁴¹ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 152.

⁴² *Ibidem.*

⁴³ *Ibidem*, p. 155.

Sin embargo, la diferencia esencial entre el acontecimiento del pasado y sus pesadillas radica en que en el sueño no logra zafar su pie de los rieles: “curiosamente en mis sueños nunca me salvo, nunca consigo extraer el pie en ese último tirón desesperado.”⁴⁴ Ramón vincula su experiencia vivencial y onírica con la inminente muerte de uno de sus clientes, el señor Ríos, quien acude a su agencia de viajes a solicitar un servicio especial, que consiste en programar un viaje a Europa con su nieta, pero con cuidados particulares, pues su médico le pronostica pocos días de vida y Ríos no quiere que su nieta y familia se enteren de su situación, ya que no quiere verlos sufrir. Ramón se cuestiona sobre la muerte y compara la condición de su cliente con la propia, cuando en su juventud estuvo a punto de ser embestido por el ferrocarril.

Ahora bien, debemos advertir que, días antes, Ramón había tenido una discusión con su padre en la que trata de convencerlo para que abandone sus prácticas corruptas. Pero el Viejo, a la defensiva, lo trata de incompetente y lo despide de su oficina. De esta manera, la actitud paternal y protectora del señor Ríos, quien quiere evitar a toda costa el dolor de sus familiares, contrasta con la posición agresiva y autoritaria del Viejo.

El vínculo establecido entre el contenido de sus sueños y los acontecimientos de los últimos días no resulta casual, en tanto se puede encontrar una motivación inconsciente que va más allá de lo meramente evidente en su sueño:

Existen sueños que revelan inmediatamente su enlace con los sucesos del día anterior, pero en otros no se descubre la menor huella de un tal enlace. Acudiendo en estos últimos al análisis puede mostrarse que todo sueño, sin

⁴⁴ *Ibidem.*

excepción alguna, está ligado a una impresión de los últimos días, o quizá más precisamente del último día antes del sueño (día del sueño).⁴⁵

Días u horas antes de su sueño, Ramón celebra la culminación o comienzo de alguna etapa, suya o ajena. En cambio, en la realidad onírica se encuentra imposibilitado a avanzar y, de hecho, el tren termina por arrollarlo. Freud, al respecto, advierte que todo sueño, ya sea agradable o de angustia, representa la realización de deseos: “El análisis nos demuestra en todo caso que el sueño posee realmente un sentido, y que éste es el de una realización de deseos”⁴⁶ Sin embargo, en sus pesadillas no parece, aparentemente, que Ramón desee morir bajo las ruedas de un tren, ya que dichos sueños le generan angustia. Empero, si en el análisis recurrimos al contenido latente, podremos encontrar una solución al problema planteado. Como ya mencionamos, el sueño es un tejido simbólico apto para el análisis, en el que a primera vista sólo encontramos el material evidente, es decir, el accidente que sufre Ramón por parte del ferrocarril. Pero podemos descubrir algo más que el contenido evidente: “el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes.”⁴⁷

Ramón sufre porque uno de sus miembros inferiores se atora con una vía del tren. El tren, imposibilitado a parar, arrolla a nuestro protagonista, de la misma manera que su padre pasa por encima de él. El Viejo, igual que el ferrocarril, representa el poder omnímodo dispuesto, a la menor provocación, a hacerlo pedazos. Es ese ojo omnipresente, casi divino, que controla la vida de nuestro narrador y del que difícilmente se puede librar. Ramón describe de esta manera al tren: “Tuve cualquier cosa menos serenidad, porque todavía hoy

⁴⁵ Sigmund Freud, *Op. cit.*, p. 38.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 188.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 291.

pienso en eso y me recorre un escalofrío, y aquel horrible ojo luminoso, aquella suerte de cíclope que se me acercaba, ha aparecido por años en mis pesadillas.”⁴⁸

En el sueño, para salvarse del paso del tren tendría que desprenderse de su zapato, de la misma manera en que lo hizo en la realidad. Sin embargo, en su sueño no hay solución posible. Asimismo, en la vida diurna, comienza a buscar una solución para emanciparse del poder paterno. Y aunque todavía no es capaz de admitirlo, anhela inconscientemente, la muerte del padre. “Todo hombre abriga deseos que no quisiera comunicar a los demás, y otros que ni aun quisiera confesarse a sí mismo.”⁴⁹ Si su sueño manifestara su verdadero deseo, el acto de dormir se volvería imposible, en tanto el trauma ocasionado tendría consecuencias funestas a nivel mental. Las ideas vergonzosas quedan, en cambio, a través de la censura onírica, revestidas simbólicamente para su mejor digestión psíquica. Freud dice al respecto:

No puedo entonces por menos de admitir una relación casual entre la oscuridad del contenido del sueño y el estado de represión, o sea la incapacidad de devenir conscientes de algunas ideas del sueño, y me veo obligado a concluir que el sueño tiene que ser oscuro para no revelar las prohibidas ideas latentes. De este modo, llego al concepto de la deformación del sueño, obra de la elaboración del mismo, puesta al servicio de la ocultación de dichas ideas; esto es, del propósito de mantenerlas secretas.⁵⁰

El problema de Ramón radica precisamente en un deseo oculto que produce malestar psíquico, en tanto genera, a su vez, un sentimiento de culpa. En la realidad onírica, en cambio, Ramón obtiene su deseo: el castigo paterno, pues sólo de esta forma puede librarse de la culpa que lo embarga. Ante la

⁴⁸ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 155.

⁴⁹ Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*. México, Círculo de Lectores, 1980, p. 198.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 51.

incapacidad de transgredir la Ley paterna, sólo le queda eliminar su fuente. Empero, el posible castigo, la castración o mutilación de un miembro, se vuelve una posibilidad en la dimensión del sueño. El deseo masoquista de un castigo anticipado se cumple en el discurso onírico. Y en conclusión, para Ramón, la única forma de escapar del padre, del rival, de la figura de autoridad, es matándolo, con las consecuencias que entraña dicho acto.

1.3 Neurosis

De acuerdo con Freud, la base de la civilización y la cultura se sustenta en la capacidad del ser humano para postergar o reprimir el placer en aras de alcanzar fines más útiles y valiosos para la sociedad. Sin embargo, lograr este objetivo no es tarea fácil, ya que los seres humanos tenemos una tendencia natural por obtener placer. Esta tendencia se origina en la infancia y su meta principal es garantizar la supervivencia. Freud dice al respecto: “nuestra actividad psíquica tiene por objeto procurarnos placer y evitarnos displacer, hallándose automáticamente regida por el principio del placer.”⁵¹ Bajo este principio, el individuo “sólo lucha por la satisfacción de sus necesidades instintivas”⁵²

Sin embargo, a medida que el individuo crece, se ve en la necesidad de adaptarse a la sociedad, ajustarse a las reglas de convivencia, y para ello tiene que reprimir sus instintos. En otras palabras, se impone el principio de realidad sobre el del placer. Marcuse expresa: “El principio de la realidad sustenta al organismo en el mundo exterior.”

⁵¹ Sigmund Freud, *Introducción al psicoanálisis*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 406.

⁵² Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Barcelona, Editorial Ariel, 2002, p. 44.

El papel que en este proceso juegan el Yo y el Super-Yo es fundamental ya que son los encargados de ajustar los impulsos instintivos del Ello a la realidad. Mientras que el Ello pugna por alcanzar el placer inmediato, el Super-Yo fiscaliza y reprime la tendencia del Ello. El inconveniente es que de esta pugna entre ambas instancias mentales sale afectado el Yo. En tanto que el Yo se defiende del Ello con el mecanismo de la represión —auspiciado por el Super-Yo—, lo reprimido encuentra una vía de escape a través del síntoma; ante tal escenario, el Yo continúa en su lucha por mantener su integridad ahora contra el síntoma en lugar de la tendencia instintiva reprimida anteriormente: “de todo esto resulta el cuadro patológico de la neurosis.”⁵³

En pocas palabras, la transición de un principio a otro puede suponer una fuerte carga de trabajo al Yo y provocar que el individuo enferme. A esta enfermedad se le conoce con el nombre de neurosis. Si la tendencia natural del ser humano es obtener placer, entonces básicamente todo ser humano debe recurrir a la represión de instintos para transitar al principio de realidad. Al respecto, “es posible considerar a la especie humana —en palabras de un estudioso de Freud— como el “animal neurótico”.”⁵⁴

Ahora bien, conviene preguntarnos de qué manera se refleja esta condición —la neurosis— en el protagonista de la obra. Resulta evidente el deseo de Ramón por eliminar a su padre, pero dicho deseo no se había manifestado abiertamente y con tal intensidad sino hasta el momento en que discute con él. Como ya se mencionó, Ramón le reprocha a su padre su participación en un negocio sucio relacionado con la fábrica y éste, a su vez, le expone que el origen del dinero que le prestó para montar su agencia proviene

⁵³ Sigmund Freud, “Neurosis y psicosis” en *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología*. México, Alianza, 1989, p. 146.

⁵⁴ Terry Eagleton, *Una introducción a la teoría literaria*, México, FCE, 1998, p. 183.

de las mismas prácticas corruptas. Asimismo, le hace ver que aunque le pague ese préstamo o cierre la agencia, no elimina el hecho de que gracias a él logró el estatus económico del que goza. Esta discusión descubre (hace consciente) en Ramón el deseo inconsciente reprimido por mucho tiempo: “Entonces, si de nada sirve cerrar la Agencia, no la cierro. No hay solución. La única solución sería, quizá, matar al Viejo”⁵⁵

Cabe advertir que, antes de este acontecimiento, Ramón imaginaba el enfrentamiento con su progenitor; suplía su realidad incómoda con la fantasía: “A veces voy dispuesto a enfrentarlo, incluso preparo el discurso, una especie de declaratoria de mi independencia, y sin embargo cuando llego frente a él se me borran las palabras, me quedo sin argumentos, o, cuando me acuerdo, todo me sale sin convicción.”⁵⁶ En este sentido, Freud destaca que una característica del neurótico es su imposibilidad de aceptar la realidad tal cual es cuando ésta es fuente de gran displacer. En su lugar construye, a través de la fantasía, una realidad alterna:

tampoco en la neurosis faltan las tentativas de sustituir la realidad indeseada por otra más conforme a los deseos del sujeto. Semejante posibilidad es facilitada por la existencia del mundo de la fantasía, un dominio que al tiempo de la instauración del principio de la realidad, quedó separada del mundo exterior, siendo mantenida a parte, desde entonces, como una especie de «atenuación» de las exigencias de la vida⁵⁷

De la misma manera, otro de los síntomas de la neurosis lo constituyen los actos fallidos, los cuales se pueden referir a olvidos aparentemente casuales, pero de los cuales es posible extraer material inconsciente: “Merecen entonces

⁵⁵ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 169

⁵⁶ *Ibidem*, p. 100.

⁵⁷ Sigmund Freud, *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología*. México, Alianza Editorial Mexicana, 1989, p. 164.

ser consideradas [las operaciones fallidas o actos fallidos] síntomas, y tomar nota de ellas, lo mismo que de los sueños, puede llevar a descubrir lo escondido en la vida anímica”⁵⁸. Es decir, lo que aparentemente constituyen olvidos, equivocaciones de la expresión oral o escrita o extravío de objetos, son fuente de información sobre el inconsciente y, por lo tanto, susceptibles de interpretación. Un ejemplo lo podemos identificar después de que el protagonista se encara con su padre y éste le hace ver la poca solidaridad que tendría por parte de su esposa e hijo si decidiera quedarse “sin nada de lo que de un modo u otro, tuvo origen en [su] podrida plata”. Cuando Ramón sale de la oficina de su padre, olvida dónde dejó estacionado el coche:

¿Dónde dejé el coche? Esta semana ya van dos veces que me olvido del sitio donde lo estaciono. A ver, yo venía por Colonia, doblé por Julio Herrera, no encontré sitio, seguí, seguí, la cosa es saber hasta dónde seguí. La única solución es hacer a pie el mismo camino.⁵⁹

Este olvido no es casual, pues evidencia lo que de manera inconsciente realmente desea: en realidad no quiere regresar a su casa. Tiene temor porque en el fondo sabe que, si pide apoyo a su hijo y esposa, lo rechazarán. Este miedo lo confirma cuando le plantea de manera hipotética a su esposa la posibilidad de dejarlo todo y ésta le responde, concediendo así la razón a su padre: “Mirá, Ramón, disculpame. Hoy no tengo el ánimo para chistes. Hace dos días que estoy sin muchacha y toda la tarea recae sobre mí. Te confieso que ando bastante cansada. Disculpame que no festeje la broma.”⁶⁰

⁵⁸ Sigmund Freud, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2016, p. 63.

⁵⁹ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p.170.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 177.

Otra situación, que evidencia el verdadero contenido de su inconsciente en otro aspecto, se suscita cuando se encuentra en Nueva York con un grupo de extranjeros connacionales y avisan de un supuesto terremoto que habría destruido el país. Cada uno de los comensales comienza a evocar a sus seres amados y Ramón “piensa en voz alta” y menciona los nombres de su hijo Gustavo y su cuñada Dolly en lugar del de su esposa. Cuando desmienten la falsa noticia del terremoto, Marcela, una de las comensales, le hace la observación: “—Hace rato dijiste Gustavo, Dolly. ¿Dolly es el nombre de tu mujer?” A lo que el narrador señala: “Él no puede menos que sonreír, atrapado.”⁶¹ Así pues, el deseo reprimido se revela ante un momento de desazón y confusión. El inconsciente encuentra, de esta manera, una vía de escape, pues Ramón siempre sintió deseo, admiración y cariño por la esposa de su hermano Hugo.

En ese sentido, el hermano de Ramón constituye un obstáculo para poder satisfacer plenamente su deseo por Dolly. Si Hugo no existiera, Ramón podría relacionarse con su cuñada, sin temor a la crítica familiar, social, o a la labor coercitiva del Super-Yo. Su sentimiento hostil inconsciente hacia su hermano se refleja en un pensamiento que tiene cuando se está bañando: “¿Por qué me acordé ahora de Rómulo? Ah, ya sé. La unión de dos imágenes: Ríos y ombligo. Por un lado, el relato del pobre Ríos, con el pronóstico formulado por Rómulo y, por otro, el agua que hace una cataratita en mi ombligo.”⁶²

Si bien en la interpretación del protagonista hay una intención por desentrañar el significado oculto de su pensamiento, la labor represiva de la psique le impide ver realmente el significado consciente de su pensamiento.

⁶¹ *Ibidem*, p. 41.

⁶² *Ibidem*, p. 180.

Ríos es el hombre desahuciado que acude a la agencia para solicitar el servicio y la discreción de Ramón para emprender un último viaje con su nieta; le quedan pocos días de vida y quiere que durante su viaje quede todo preparado, en caso de alguna eventual contingencia. Por otra parte, Rómulo, amigo en la juventud de Ramón, es el médico que diagnostica a Ríos un cáncer terminal y es quien recomienda a su paciente con el protagonista. Aparentemente —en el contenido manifiesto— la relación que establece Ramón en su pensamiento con las vivencias previas es coherente. Pero en un análisis más profundo advertimos que el protagonista en realidad relaciona, de manera inconsciente, a Ríos con la muerte y al médico con el dictaminador o augur de ese desenlace irrevocable. La fórmula expuesta es muerte-destino y alude, más bien, a otro discurso mítico de carácter semejante: el origen de la fundación de Roma. En todo caso, el nombre de Rómulo nos remite al del personaje del mito, quien en una disputa por territorio comete un fratricidio. Así pues, resulta fácil identificar lo que el pensamiento de Ramón revela realmente: un deseo inconsciente por eliminar a ese otro rival que es su hermano.

1.4 Suicidio

En palabras de Albert Camus el único problema filosófico verdaderamente serio es el suicidio.⁶³ Distintas disciplinas o sistemas de pensamiento se han dado a la tarea de abordarlo desde distintos enfoques, entre ellas el psicoanálisis. Sin embargo, lo que resulta de interés en el presente análisis es la manera en que el autor de *Gracias por el fuego* construye la ficción de su protagonista hasta llevarlo a su desenlace.

⁶³ Albert Camus, *El mito de Sísifo*. Madrid, Alianza Editorial, 1981, p. 15.

En las novelas policiacas —*thrillers*—, el objetivo del protagonista es desentrañar el *modus operandi* del asesino y atraparlo. *In extrema res*, se presenta primero el crimen cometido y luego se revela el móvil del crimen y a su asesino. En cambio, en las obras donde se exhibe un suicidio, la situación se presenta, por lo general, a la inversa: *ab obvo*, el narrador expone la situación del personaje quien, en el desenlace, llevará a cabo su trágico acto. Sin embargo, el objetivo del autor no es desentrañar las razones que llevaron al personaje a cometer dicha acción, sino sólo presentar los hechos. Por el contrario, lo que resulta de interés para nuestro análisis es justo lo que el autor soslaya en la disposición de la trama de su obra, esto es, esclarecer los motivos conscientes e inconscientes que llevan al protagonista a tomar su decisión.

Así pues, para los fines de nuestro estudio advertimos que en el suicidio podemos identificar varias etapas. La primera de ellas se corresponde con la pérdida y su debido proceso de duelo⁶⁴; en la segunda, reconocemos, de acuerdo con Menninger, el elemento de matar y, por último, el elemento de ser matado.

Para comprender mejor nuestra aproximación al tema, tendríamos que convenir que, en algunos casos, el suicidio es un asesinato; es un deseo por destruir la fuente de dolor; pero también pudiera ser una necesidad de sometimiento por parte del victimario como medida para pagar su culpa por desear algo tan inadmisible, como la muerte de alguien querido. Asimismo, el suicidio es un acto previo al desenlace, en el sentido de que entraña una planificación: “Se trata de un crimen largamente rumiado”⁶⁵, diría Ramón Budiño; no surge de manera espontánea en un momento de arrebató (de otra manera sería sólo un chantaje). En el caso de Ramón advertimos que su idea de

⁶⁴ En las traducciones modernas de la obra de Freud se define con el nombre de aflicción. En nuestro análisis lo identificaremos con el nombre de duelo.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 253.

eliminar la fuente del dolor, de matar a su padre, no surge luego de la discusión con su padre, sino que es un acto planeado anticipadamente tiempo atrás:

A medida que le iba hablando a Dolly, digo a Dolores, de esa idea de la muerte del Viejo, fui sintiendo que era algo legítimo, una convicción antigua que se había estado incubando en mí, quién sabe desde cuándo, y lo peor, o lo mejor, por lo menos lo extraño, es que no me horroricé ni me horrorizo⁶⁶

Por otra parte, advertimos en el suicido una relación directa con el sentimiento de la pérdida. Identificamos su origen en un impulso de agresividad inherente al ser humano que por procesos complejos llevan a confundir al objeto amado perdido con el propio sujeto. El suicidio también es “una muerte en la cual se combinan en una sola persona el asesino y el asesinado”⁶⁷.

Ahora bien, en el suicida se pueden identificar, previo al trágico acto, características propias del temperamento melancólico. De acuerdo con Freud, en los individuos melancólicos se genera un estado anímico que surge como reacción ante la pérdida del objeto amado. Resulta, pues, natural, que como lectores de la novela nos preguntemos cuál es la pérdida que sufre Ramón y que concluyamos, en una primera lectura, que ésta es la muerte de la madre. Sin embargo, en un análisis más profundo, identificamos que no es así.

Ramón vive en estado de duelo permanente ante la pérdida. Pero Ramón no se encuentra de luto por su propio duelo anticipado, sino por el de su padre. Y aunque su padre no ha muerto físicamente, Ramón insiste, a lo largo del relato, en su pérdida:

⁶⁶ *Ibidem*, p. 194

⁶⁷ Karl Menninger, *Op. cit.*, p. 25.

me conmueve la transformación de Papá en el Viejo, esa transformación que para mí fue como una muerte, porque yo lo admiraba, lo quería, sentía que él era mi respaldo, mi protección, mi abrigo; me conmueve pensarme huérfano, no porque ahora tenga que matarlo, sino huérfano de la muerte de Mamá y también por esa muerte de Papá cuando se transformó en el Viejo, el extrañísimo extraño a quien temo y odio hasta límites realmente inigualables.⁶⁸

Si bien, en términos concretos, Edmundo no ha muerto, lo que él representa simbólica y funcionalmente para Ramón sí. La pérdida del objeto en el sujeto melancólico despierta sentimientos ambivalentes, ya que “sabe a quién ha perdido, pero no lo que con él ha perdido.”⁶⁹ Ramón expresa una relación de amor-odio con su padre, y el deseo inconsciente de recuperar el objeto perdido lo hace por momentos dudar: “Porque no siempre me mira con los ojos del Viejo; alguna vez me mira con los ojos de Papá. Todavía no están definitivamente muertos los ojos de Papá”⁷⁰ Hay, al respecto, una resistencia a aceptar la pérdida del objeto. Sin embargo, conviene señalar que la muerte no se limita a la pérdida material, es decir, a la muerte física. Freud señala:

Las causas de la melancolía van más allá del caso transparente de la pérdida por muerte del objeto amado, y comprenden todos los casos de ofensa, postergación y desengaño, que pueden introducir en la relación con el objeto, una antítesis de amor y odio, o intensificar una ambivalencia preexistente.⁷¹

Por otra parte, otro síntoma propio de la condición del melancólico es la disminución del amor propio⁷². Esta condición lleva al sujeto a autodenigrarse con respecto al objeto amado y perdido. La percepción que tienen de Ramón los

⁶⁸ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 249.

⁶⁹ Sigmund Freud, “Aflicción y melancolía” en *El malestar en la cultura*. Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 307.

⁷⁰ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 280.

⁷¹ Sigmund Freud, “Aflicción y melancolía” *Op. cit.*, p. 314.

⁷² *Ibidem*, p. 305.

demás con respecto a su padre acentúa esta sensación de minusvalía en el protagonista, ya que en la mayoría de los lugares a los que asiste, la gente lo reconoce por ser hijo de uno de los hombres más poderosos del país y Ramón cobra importancia en función del apellido que lleva: “En la familia no hubo, ni hay, ni habrá sitio para otra persona importante que no sea el Viejo.”⁷³ Esta percepción incluso es reforzada por miembros de la familia, como su tía, a quien visita de vez en cuando desde la muerte de su primo: “Pero con la misma franqueza te digo que tu padre es otra cosa. Un hombre con mayúscula, ¿entendés? Y esto no quiere decir que vos seas peor ni mejor; quiere decir simplemente que sos un buen hombrecito con minúscula.”⁷⁴

Asimismo, cabe destacar que el duelo anticipado por la pérdida del padre tiene una relación evidente con el Complejo de Edipo no superado, ya que Ramón, en la dimensión de la fantasía, cumple el deseo de eliminar al rival. En este sentido, no sólo le hace justicia a la madre ausente, sino que acepta, en términos lingüísticos, el acto que entraña su amor por ella. No define su amor por la madre desde la perspectiva filial, sino como un “acto” ambiguo, susceptible de interpretarse de diferentes maneras: “porque mi acto [matar al padre], que será de amor hacia Papá, hacia el recuerdo de Mamá, hacia el País inclusive, será también y sobre todo un acto de amor hacia ella.”⁷⁵ Y, sin embargo, el duelo que padece Ramón no es por su madre, sino por la pérdida del objeto amado, del progenitor, quien, aunque ya murió para el protagonista, todavía es capaz de ocasionarle sufrimiento.

La segunda etapa del suicidio se refiere al elemento de matar. Desde luego, como ya se mencionó anteriormente, esta etapa guarda relación directa

⁷³ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 44.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 90.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 265.

con la tendencia del ser humano a la destrucción. Lo interesante en nuestro análisis consiste en develar lo que en realidad Ramón desea destruir. La pregunta que nos planteamos entonces es: ¿cómo es posible que surja en Ramón la confusión entre el objeto que quiere eliminar, es decir al padre, y el propio yo? ¿De dónde surge esta confusión? La respuesta la podemos encontrar en un mecanismo de defensa conocido como introyección, pero para entender mejor este mecanismo conviene remitirnos a su antecesor, es decir, la proyección.

La proyección, como mecanismo de defensa, se explica cuando el sujeto se ve imposibilitado a aceptar pensamientos o sentimientos como propios, debido a la cantidad de excitación —angustia— que generan, por lo que se los atribuye a otro sujeto con el objetivo de interpretar la fuente de displacer no como interna, sino externa. Es una especie de engaño mental para tomar distancia de deseos inconscientes propios que pudieran generar culpa, atribuyéndoselos a otro u otros. En el caso de la novela, por ejemplo, identificamos este mecanismo cuando Hugo, el hermano de Ramón, menciona que un trabajador enfrenta al padre y opina al respecto que “es mejor pagar seis meses de indemnización y no quedarse con la vergüenza de que un podrido haya puteado al Viejo.”⁷⁶ La respuesta que Ramón da a su hermano es la proyección de su propio deseo no satisfecho en otra persona: “¿Quieres que te diga mi impresión? No creo que sea un podrido. Más bien creo que es un tipo con cojones”⁷⁷ Es decir, Ramón hubiese querido “putear al viejo” y convertirse en el “tipo con cojones”.

⁷⁶ *Ibidem*, p.100.

⁷⁷ *Ibidem*.

En el caso de la introyección, en cambio, el deseo de agresión o de placer es internalizada; el Yo es tratado como si fuera un objeto externo y los instintos de destrucción o de placer se dirigen hacia uno mismo. Por ejemplo, una madre puede gozar sustitutivamente el placer de su hija al recibir clases de piano o sufrir el padecimiento de una enfermedad dolorosa en su hijo. No se trata tan sólo de un sentimiento de empatía. Menninger comenta al respecto:

es también posible amenazar nuestro cuerpo como si incluyese el cuerpo de otra persona. Este último fenómeno lo llamamos identificación o, más correctamente, introyección, debido a que una persona identificada parece haber sido introyectada en el Yo.⁷⁸

En el caso del protagonista, la introyección se vuelve más intensa si consideramos que algunos procesos, como la identificación primaria, se originan en la fase del Complejo de Edipo, la cual es aparentemente superada, hasta que Ramón presencia el abuso sexual cometido contra su madre y sufre una regresión, despertando el impulso antiguo por eliminar al padre-rival. Y si, de la misma manera, consideramos que la identificación con el padre juega un papel importante en la conformación del Super-yo, entonces el conflicto se vuelve más pronunciado. Ramón no alcanza a distinguir en él mismo entre el homicida y la víctima, porque este último es el padre, introyectado, y el victimario es él. Para rescatarse de esta confusión llega a la deducción de que es necesario destruir al responsable de su sufrimiento, que, en el discurso psicoanalítico, se corresponde con el Yo: “Creo que si él muriera, también

⁷⁸ Karl Menninger, *Op. cit.*, p. 32.

acabaría lo peor de mí mismo, quizá lo peor de este país.”⁷⁹ Por otra parte, conviene considerar que introyectar al padre genera sentimientos ambivalentes con respecto al impulso de destrucción, pues “encontramos excesivamente dificultoso matar a alguien a quien amamos”.⁸⁰

Y sin embargo, en la dimensión inconsciente, Ramón, al suicidarse, elimina la fuente de displacer: mata al padre introyectado en él mismo; cumple el impulso primario de eliminar al rival. Recordemos al respecto que en el suicida no sólo hay un deseo de ser matado sino también de matar. En este sentido, una de las preguntas fundamentales que plantea esta tesis es si el parricidio se consuma a pesar de que el padre del protagonista no muere. Dicho en otros términos, ¿es posible hablar de parricidio en una obra donde el padre nunca es asesinado por su vástago? La respuesta a esta interrogante es afirmativa, ya que para Ramón es imposible distinguir uno de otro, debido a la introyección, entre el objeto que quiere destruir y su propio Yo y, por lo tanto, se consuma el parricidio.

Sin embargo, la cuestión que surge es: ¿por qué Ramón simplemente no elimina al padre? La contestación a esta incógnita la podemos encontrar en el miedo al castigo. Ramón expone, a través del material onírico, la angustia por el castigo paterno. El miedo a la castración —al castigo— es más fuerte que el instinto asesino e inhibe la intención. Como ya se mencionó, en el sueño, Ramón, arrollado por la locomotora, sufre la mutilación del pie. En el discurso simbólico, su padre es esa fuerza avasalladora que arrasa con lo que se pone en su camino. Menninger comenta al respecto: “Uno de estos temores que mina la fuerza del impulso agresivo por la intimidación es el miedo a la intención hostil

⁷⁹ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 192.

⁸⁰ Karl Menninger, *Op. cit.*, p. 38.

en la otra persona, un miedo que amplifica el peligro del oponente más allá de la realidad.”⁸¹

Por otra parte, en la última etapa —el elemento de ser matado— se advierte el deseo de ser destruido, como forma de castigo por haber deseado algo tan ignominioso como la muerte del progenitor. Ser matado implica ser sometido. Hay una necesidad masoquista por sentir dolor y, en el caso del protagonista, se manifiesta en la medida en que la convicción por matar al padre se hace más fuerte. Por ejemplo, un día antes de asistir a la oficina de su padre para consumar su crimen, Ramón se encuentra con Marcela Torres de Solís, una mujer que conoció en una comida organizada en Nueva York. Luego de flirtear con ella deciden ir al departamento de unos amigos de Ramón y tener un encuentro sexual. Cuando descansan, Marcela le hace la observación de que lo encuentra disperso, “absorto”, y él le responde, a modo de excusa, que “la cabeza no sale de su asombro” por el gozo de haberla poseído. Ramón agrega al respecto que las cabezas ignoran lo que el cuerpo es capaz de gozar, y señala que “como desquite, amonestan al cuerpo”. Sin embargo, poco después, en una reflexión, no se puede explicar por qué, luego de experimentar un placer prohibido, como la relación adúltera con Marcela —o el proyecto de matar al padre—, “las cabezas” también castigan al cuerpo:

Sí, la cabeza amonesta al cuerpo. Y el pobre cuerpo es feliz, pero qué frágil. Ahora mismo tengo un dolor que empezó repentinamente a la altura del riñón derecho. Y no cede. Es un dolor no demasiado intenso, pero incómodo, y también alarmante. Como si algo hubiera empezado a triturar suavemente mi riñón y desde ya supiera que el ritmo de trituración habrá de ir en aumento hasta hacerse insoportable.⁸²

⁸¹ *Ibidem*, p. 37.

⁸² Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 276.

Empero, el verdadero motivo para sentir dolor no es la relación adúltera sino la futura muerte del padre, cuya planeación genera sensaciones de placer culposo y, al igual que con Marcela o con Dolores, constituye una transgresión. No es casual, pues, que precisamente un día antes de la futura muerte del padre, comience a considerar la idea de su propia muerte —a partir de un dolor intenso que siente— como forma de autocastigo inconsciente:

Pero en cambio puedo pensar: ¿cáncer?, ¿nefrosis? En realidad, sería una broma macabra si, tan luego en el instante en que me creo brazo ejecutor de una condena, algo, alguien, Dios, hado, Karma, azar, cualquier cosa, estuviera ejecutando sobre mí otra condena, ésta sí inapelable y definitiva.⁸³

Así pues, de manera inconsciente, Ramón desea ser castigado por lo que planea; siente culpa, y “el sentimiento de culpabilidad se expresa por una necesidad inconsciente de castigo”⁸⁴ Sin embargo, en el caso del protagonista, del tamaño del crimen es el castigo. Si el equivalente a asesinar es ser matado, entonces para Ramón no queda otro recurso que morir.

El protagonista, por una parte, encuentra dificultoso eliminar a una persona tan amada como temida y, por otra parte, pretende recibir un castigo por su atrevimiento. Freud dice al respecto:

conocemos dos orígenes del sentimiento de culpabilidad: uno es el miedo a la autoridad; el segundo, más reciente, es el temor al super-yo. El primero obliga a renunciar a la satisfacción de los instintos; el segundo impulsa, además, al castigo, dado que no es posible ocultar ante el super-yo la persistencia de los deseos prohibidos.⁸⁵

⁸³ *Ibidem*, p. 277.

⁸⁴ Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*. P. 137

⁸⁵ *Ibidem*, p. 128

Por otra parte, el método empleado por Ramón para suicidarse es significativo, en tanto revela, de manera inconsciente, su verdadero propósito. Recordemos que, cuando Ramón acude a la oficina de su padre con la intención de matarlo, el instrumento que lleva para perpetrar su acto es una pistola. La intención es destruir al otro de manera precisa y sin que existan posibilidades de error. Su propósito es por completo homicida, no obstante el padre se encuentre introyectado en Ramón. Al respecto Menninger nos dice:

Es de sobra conocido que, estadísticamente, los hombres prefieren las armas de fuego, y las mujeres el veneno, el gas, o el agua (anegación). Estos medios están obviamente relacionados con los papeles masculino y femenino de la vida, es decir, actividad agresiva y receptividad pasiva.⁸⁶

Sin embargo, no utiliza la pistola para matar al padre y tampoco para suicidarse. El método que emplea al respecto es arrojarse desde la ventana de la oficina de su padre. Resulta significativo lo que entraña este método en comparación con la pistola. Si hubiese usado la pistola, su acto hubiese quedado en el ámbito de lo privado, ya que pocos hubieran sido testigos de su decisión. En cambio, el hecho de arrojarse desde la ventana implica exhibirse ante un mayor número de personas, incluido su padre. Es una manera de sacudir la conciencia del padre y castigarlo con su decisión.

Por otra parte, advertimos que a través del suicidio, además de eliminar la fuente del dolor y consumir el parricidio, el protagonista cumple ese otro deseo que es la unión con la madre. Cuando Inés, por ejemplo, se encuentra agonizando por el cáncer, Ramón expresa el dolor de su madre “reflejado” en él, y añade que el sufrimiento entre madre e hijo se comparten de manera

⁸⁶ Karl Menninger, *Op. cit.*, p.59.

estrecha, debido a que con el padre no existen vínculos biológicos como el de la placenta en la madre, sino “un lejanísimo, microscópico espermatozoide vagabundo, distraído, sin norte, que pudo convertirse en mí como pudo distraerse aún más y desaparecer”⁸⁷. Y no obstante, Ramón advierte sobre un medio alternativo para recuperar la conexión con la madre, “porque la muerte es otra placenta que nos une, tal y como la vida fue la placenta primera”⁸⁸. En otras palabras, con la última decisión, Ramón consuma el retorno a la madre y la eliminación —a través de la introyección del yo— del rival.

En resumen, a partir del análisis de los procesos psíquicos, que van del conflicto edípico, la relación de las instancias mentales y la neurosis hasta la culminación en el acto suicida, identificamos y develamos los motivos inconscientes del protagonista, y constatamos la concreción del asesinato del padre en la dimensión del deseo. Ahora bien, no podemos dejar de soslayar que las decisiones del personaje principal —en tanto ente social— repercuten en su entorno. En el siguiente capítulo abordaremos esta condición.

⁸⁷ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 94

⁸⁸ *Ibidem.*

En última instancia, la motivación de la sociedad
humana es de carácter económico.
Sigmund Freud

Capítulo 2

Del autoritarismo

Resulta inevitable que, ante la actitud sumisa o lisonjera que asumen algunos personajes con Edmundo Budiño, nos preguntemos por qué éstos permiten o promueven una relación asimétrica de poder con un hombre que abusa de su posición social, moral, económica y política. Dicho de otra forma, ¿por qué hay individuos, como los hijos, la amante o algunos trabajadores de Edmundo, cuyo principal rasgo es el deseo de dominio? ¿Por qué los subordinados de Edmundo deciden entregarse al líder en lugar de responsabilizarse de sus propios actos y de su libertad?

Para resolver estas preguntas nos remitiremos, principalmente, al enfoque y teorías del sociólogo y psicoanalista Erich Fromm, quien, para su análisis, parte de lo particular a lo general y viceversa; es decir, del individuo a la sociedad y de ésta al sujeto; asimismo, distingue una “historia social del hombre” de una individual que no se contraponen, sino que se proyectan una en otra:

Todo grupo consta de individuos y nada más que de individuos; por lo tanto, los mecanismos psicológicos cuyo funcionamiento descubrimos en un grupo no pueden ser sino mecanismos que funcionan en los individuos.⁸⁹

⁸⁹ Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Ciudad de México, Ediciones Culturales Paidós, 2018, p. 152.

Asimismo, a partir de su análisis, Fromm determina qué lleva, en lo general, a una sociedad a aceptar y a apoyar, por ejemplo, un gobierno de corte fascista —como en el caso de los alemanes durante el periodo nazi— o, en lo particular, a un individuo a someterse a alguien.

2.1 Vínculos primarios y proceso de individuación

Fromm se remite a las etapas más tempranas del individuo para explicar lo que llama “vínculos primarios” y “proceso de individuación”. De acuerdo con Fromm, cuando el individuo nace, obtiene, casi por completo —excluyendo la etapa de lactancia—, su independencia biológica de la madre; ya no lo une un cordón umbilical para proporcionarle sustento ni ocupa un espacio en el cuerpo de su progenitora para obtener protección y calor. Sin embargo, esta separación no implica para el individuo su absoluta independencia, pues todavía necesita de los cuidados y protección de los progenitores o tutores para garantizar su supervivencia. “En un sentido funcional, la criatura sigue formando parte de la madre”⁹⁰. A la relación que se establece entre los tutores o progenitores con el hijo, Fromm lo llama vínculos primarios. Durante el periodo que va de la infancia a la pubertad, el individuo vive sometido a las decisiones de sus padres, quienes constituyen en todos los sentidos la autoridad, y quienes, en la mayoría de los casos, buscan lo mejor para su vástago en función de su protección y provecho a futuro. Al paso del tiempo, y cuando el individuo tiene edad para ingresar a la escuela, la imagen de autoridad se extiende a otras instancias o individuos: los profesores, la escuela, la iglesia, etc. Asimismo, el nexo primario con los padres otorga al individuo sentido de pertenencia —

⁹⁰ *Ibidem*, p. 49.

arraigo a la familia— y seguridad. En este sentido, debemos advertir que este vínculo se considera normal en la vida del individuo. Fromm dice al respecto:

Los padres, o la autoridad correspondiente, no son todavía considerados como una entidad definitivamente separada: integran el universo del niño y este universo sigue formando parte del mismo; la sumisión con respecto a los padres tiene, por lo tanto, una característica distinta del tipo de sumisión que existe una vez que dos individuos se han separado realmente uno del otro.⁹¹

En esta etapa, el individuo no goza de libertad, pues vive sometido a las decisiones de sus padres, y, no obstante, tendríamos que considerar que no estaría en condiciones de ejercerla debido a su inmadurez tanto biológica como psíquica. No obstante, en contrapartida, disfruta del sentimiento de arraigo y seguridad que la familia le otorga. En la novela, podemos identificar ese sentimiento de pertenencia y seguridad expresado en palabras de Ramón, quien, en un momento de retrospectiva, evoca: “Es lindo ir caminando con Papá. No hubiera podido decirlo con otras palabras, pero me sentía protegido, contento.”⁹²

En este sentido, Fromm advierte un fenómeno similar a los vínculos primarios en el plano social e histórico. La unión de los hijos con los padres se corresponde en “la historia social del hombre” con etapas en las que el hombre “permanecía estrechamente ligado al mundo social y natural del cual había emergido”⁹³. Así pues, la horda, tribu o gremio suplía en la sociedad la función que los padres desempeñan a nivel individual. Fromm señala que, durante la Edad Media, el ser humano no gozaba de libertad, ya que su expectativa de

⁹¹ *Ibidem*, p. 50.

⁹² Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 47.

⁹³ Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 57.

vida estaba condicionada por lo que determinaba su entorno social para él: por ejemplo, si el individuo nacía en una familia cuya actividad principal y por tradición era la herrería, éste tendría que dedicarse a dicho oficio; se tendría que integrar al gremio. Sin embargo, en compensación a esta carencia de libertad, el sujeto se beneficiaba del sentido de pertenencia que le otorgaba su comunidad y la seguridad de encontrar un satisfactor económico en el gremio al que pertenecía para cubrir su sustento básico. Ahora bien, el lector se preguntará qué relación tiene esta apreciación histórica del pasado con el proceso evolutivo del individuo. La respuesta a esta pregunta la encontramos en la imposibilidad que tenía el individuo del medievo para transitar hacia lo que Fromm denomina “proceso de individuación”, pues en un momento específico del pasado histórico se dieron las condiciones para transitar. Para entender este fenómeno conviene remitirnos a la historia.

Los gremios y corporaciones tradicionales de la Edad Media, durante el siglo XV, sufrieron una fuerte crisis en su sistema económico-social, de la cual jamás se recuperaron, debido a que algunos de sus miembros lograron acumular suficiente capital para independizarse y contratar a su vez jornaleros a su servicio. Para el siglo XVI, la fuerza del naciente capitalismo orillaría a pequeños comerciantes, jornaleros y miembros de los gremios a la inconformidad y al desamparo: “El individuo fue dejado solo; todo dependía de su propio esfuerzo y no de la seguridad de su posición tradicional”⁹⁴.

Empero, el aspecto positivo de este cambio de orden económico y social fue que permitió al individuo alcanzar la liberación de la regimentación del sistema corporativo. En pocas palabras, el nuevo sistema económico permitió la

⁹⁴ *Ibidem*, p. 80.

transición hacia el proceso de individuación en el sujeto, que no es otra cosa que la superación de los vínculos primarios. Fromm indica:

La individuación es un proceso que implica el crecimiento de la fuerza y de la integración de la personalidad individual, pero al mismo tiempo es un proceso en el cual se pierde la originaria identidad con los otros y por el que el niño se separa de los demás⁹⁵

A nivel social, el sujeto ya no dependía de la tradición familiar o el gremio, sino que podía decidir a qué se iba a dedicar; “se convirtió en dueño de su destino: suyo sería el riesgo, suyo el beneficio. El esfuerzo individual podía conducirlo al éxito y la independencia económica”.⁹⁶

Frente a este contexto de transición a un nuevo modelo económico, Fromm advierte en el ser humano la “libertad de” todos los vínculos tanto a nivel social como a nivel individual y propone el concepto de “libertad para” la realización positiva de éste. Para ello se vuelve necesario crear un entorno favorable que permita “la plena expresión de las facultades intelectuales, sensibles y emocionales del hombre, reduciendo al mismo tiempo de manera considerable las horas de trabajo.”⁹⁷

El inconveniente frente a esta nueva perspectiva de desarrollo fue —y sigue siendo— que las condiciones para la libre realización no fueron favorables, por lo que el individuo rechazó su libertad. Pero, ¿cuáles fueron esas condiciones que obstruyeron el ejercicio de su libertad?

Cuando se gestó la transición al nuevo sistema económico, no todos los pequeños comerciantes pudieron acumular un excedente y forjar un capital, por

⁹⁵ *Ibidem*, P. 53.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 82.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 244.

lo que las relaciones con los que habían sido sus pares se trastocaron. Ante las nuevas condiciones, las personas dejaron de verse como iguales y empezaron a competir entre ellos. La solidaridad y el bienestar colectivo se perdieron y dieron paso a las relaciones de competencia, y quienes estaban en mejores condiciones para competir fueron los que tenían el capital. El resultado para una mayoría fue una percepción de soledad, angustia y desamparo que llevaron al sujeto, en primera instancia, a rebelarse y defender la tradición; posteriormente, a involucrarse desde otra trinchera en el nuevo mercado laboral, como empleados.

[El individuo] Al no poseer la riqueza o el poder que tenía el capitalista del Renacimiento, y habiendo perdido también el sentimiento de unidad con los otros hombres y el universo, se siente abrumado por su nulidad y desamparo individuales. El Paraíso se ha sido perdido para siempre, el individuo está solo y enfrenta al mundo; es un extranjero abandonado en un mundo ilimitado y amenazador.⁹⁸

2.2 El hombre como mercancía

En el sistema capitalista existen una serie de condiciones que intensifican la sensación de desamparo y soledad en el ser humano y que lo llevan a rechazar su libertad. El sujeto, por un lado, ya no se halla en condiciones de regresar a los vínculos primarios y, por otro, es incapaz de cambiar el modelo económico por sí mismo, por lo que se debe adaptar. Más

⁹⁸ *Ibidem*, p. 83.

adelante hablaremos de los intentos de reversión y la naturaleza que adoptan. Por otra parte, tendríamos que advertir que, ante la imposibilidad de adaptación, la sensación negativa con respecto a la libertad se intensifica. Para estudiar algunas de las condiciones adversas al individuo en el sistema capitalista conviene remitirnos nuevamente al pasado histórico para identificar los cambios que sufrieron las personas y cómo enfrentaron la transición de un modelo a otro.

Así pues, resulta evidente que el objetivo en el nuevo modelo económico dejó de ser el bien colectivo o común que caracterizó a la Edad Media; y la ganancia material, la acumulación de capital, se convirtió, en cambio, en un fin; asimismo, los medios para alcanzar dicho fin fueron —y siguen siendo— ilimitados. El cambio en el sistema de valores fue radical, dado que, bajo esta nueva perspectiva, el individuo “debe preocuparse de sí mismo, debe ser codicioso y quererlo todo para sí, puesto que, fundamentalmente, carece de seguridad y de la capacidad de alcanzar la satisfacción.”⁹⁹

De esta manera, el sentimiento de aislamiento se acrecentó en función de este cambio de valores. Las relaciones sociales perdieron su sentido colectivo de bienestar y dieron paso al utilitarismo humano en función de la acumulación de capital; en otras palabras, las relaciones humanas adquirieron un cariz mercantil: “La relación concreta de un individuo con otra ha perdido su carácter directo y humano. En todas las relaciones sociales y personales la norma está dada por las leyes del mercado”¹⁰⁰

Bajo este esquema, el hombre no sólo vende mercancías, sino también él mismo se vende: vende su fuerza de trabajo y, en este sentido, se convierte

⁹⁹ *Ibidem*, p. 133.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 135.

también en mercancía susceptible de ser comprada por quien posee el capital. Sin embargo, hay que advertir que si la persona no tiene las características necesarias que solicita el mercado, tiene pocas probabilidades de sobrevivir en el sistema; no habrá quien esté dispuesto a comprarlo y quedará en el desamparo y la soledad absolutas: “El obrero se ha convertido en una mercancía y para él es una suerte poder llegar hasta el comprador”¹⁰¹. El resultado fue y sigue siendo adverso para el libre ejercicio de las capacidades humanas. El nuevo modelo económico que puso fin al sistema feudal llegó para quedarse y sus prácticas y políticas se perfeccionaron hasta nuestros días.

En la novela que nos ocupa, el protagonista, en su pasado, sin ser todavía del todo consciente de la percepción social con respecto al valor mercantil del ser humano, ya ejerce el poder que el capital de su padre le permite. Ramón se remonta al año 1928 cuando apenas contaba con 11 años de edad y asiste a un tablado (carnaval) en Capurro y Húsares. Su madre le había dado 10 pesos —lo que aparentemente era mucho dinero— para comprar “papelitos, serpentinas, caramelos, cualquier cosa”. En uno de los muchos espectáculos que se presentan participa un niño bailarín más chico que Ramón. Cuando termina su presentación, Ángel, el niño, se acerca a Ramón y éste le enseña su billete. El niño, quien previamente habla con un adulto aparentemente para pedir permiso —pero se entiende que también para informar del dinero-, le propone a Ramón ir al parque. En este lugar, el niño le pregunta si sabe pelear a lo que responde Ramón negativamente, por lo que propone enseñarle. En la refriega, el bailarín aprovecha para extraer el efectivo del bolsillo de Ramón sin que éste, aparentemente, se percate. Sin embargo, Ramón se da cuenta y no dice nada; y en cuanto su compañero tiene asegurado el billete, se despide de él, pero al

¹⁰¹ Karl Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 52.

momento de alejarse y percibir la soledad en la que deja a su nuevo amigo, se arrepiente y decide regresar y devolver el dinero. Ramón resuelve regalárselo y justifica su obsequio con el argumento de que a su papá le sobra la “guita”, porque “Tiene una fábrica y ahora va a sacar un diario.” Así pues, advertimos que Ramón ya tiene una noción del valor de la riqueza y de lo que puede comprar: “Tenía, tengo una oscura consciencia de que estoy comprando su compañía por diez pesos. No importa, Por este rato tengo un amigo”.¹⁰²

A este respecto conviene preguntarnos ¿por qué Ramón ejerce su derecho a comprar la compañía de un amigo? La respuesta es muy clara: porque se siente solo y sabe que el dinero le da la posibilidad de adquirir compañía, amistad o lo que necesite —porque puede comprarlo—; en otras palabras, porque reconoce que el ser humano tiene un valor económico.

Así pues, advertimos que el sistema capitalista promueve la deshumanización de las relaciones sociales en función de privilegiar intereses particulares al servicio del capital. Edmundo, por ejemplo, es dueño de una fábrica y de un diario; tiene empleados a su servicio, cuya función inmediata es contribuir a acrecentar su capital, pero algunos no están satisfechos con las condiciones laborales (la novela no especifica si es por el salario o por las jornadas), por lo que organizan una huelga. Edmundo identifica a los líderes de la subversión y los convoca por separado con el objetivo de debilitar el movimiento. La mayoría de ellos se venden y traicionan a sus respectivos colegas; sin embargo, uno de ellos, Villalba, no accede a la petición de Edmundo de denunciar a sus otros compañeros. En un primer intento, Edmundo ofrece a Villalba, a cambio de su información, un aumento salarial de “quinientos por mes”, que este último no acepta; al final, termina

¹⁰² Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 62.

amenazándolo. Villalba, en la discusión, le dice a Edmundo: “Sí, ya sé. Todo tiene su precio. ¿Es eso?” A lo que Edmundo responde, en una clara demostración de poder, que, si bien él, Villalba, no está dispuesto a venderse y traicionar a los suyos, “¿Usted no [se vende]? Lo felicito, hombre.”, sus compañeros ya lo hicieron y lo traicionaron: “Entonces me gusta probar a la gente, me gusta ver cómo la plata borra las palabras. La palabra solidaridad, por ejemplo.”¹⁰³ El mismo Villalba reconoce el valor monetario del ser humano, “en el termómetro de la fidelidad, siempre hay un punto de ebullición en el que el hombre es capaz de vender a la madre”¹⁰⁴, sin embargo, y aunque entendemos que es minoría, defiende su propio sistema de valores, contrario tanto al de su patrón, como al de sus compañeros: “El mayor daño que usted podría infligirme, sería hacerme sentir asco de mí mismo”¹⁰⁵. La consecuencia, si bien no se manifiesta en la novela, como lectores podemos inferirla: el despido y posible ostracismo laboral, por haber osado contravenir las órdenes del patrón. De esta manera, “el trabajador queda rebajado a mercancía, a la más miserable de todas las mercancías”¹⁰⁶

Ahora bien, otro recurso al que puede recurrir el individuo para mitigar la sensación de soledad y desamparo que produce, en su inequidad, el sistema capitalista, es la ilusión de creer su valía en función no sólo de su fuerza de trabajo, sino también de su poder adquisitivo, en su papel de consumidor. Es decir que, bajo esta óptica, el sujeto puede creer que vale en función de los bienes materiales que posee o puede llegar a obtener. En este sentido, “La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del

¹⁰³ *Ibidem*, p. 97.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 98.

¹⁰⁵ *Ibidem*.

¹⁰⁶ Karl Marx, *Op. cit.*, p. 104.

mundo de las cosas.”¹⁰⁷ Frente a fuerzas abrumadoras que determinan su destino, el individuo sufre la inseguridad de no prever lo que será de él ni en el futuro cercano ni en el lejano, debido a que “un pequeño grupo, de cuyas decisiones depende el destino de gran parte de la población, ejerce un poder enorme, aunque secreto, sobre toda la sociedad.”¹⁰⁸ Una forma de evitar la sensación de insignificancia frente a dichas fuerzas la encuentra en sus posesiones materiales. Fromm dice al respecto:

En primer lugar su «yo» [del individuo] se sintió respaldado por la posesión de propiedades. «Él», como persona, y los bienes de su propiedad no podían ser separados. Los trajes o la casa de cada hombre eran parte de su yo tanto como su cuerpo. Cuanto menos se sentía alguien, tanto más necesitaba tener posesiones. Si el individuo no las tenía o las había perdido, carecía de una parte importante de su «yo» y hasta cierto punto no era considerado como una persona completa, ni por parte de los otros ni de él mismo.¹⁰⁹

De esta manera, la acumulación de bienes materiales es proporcional en el individuo a su sensación de inseguridad y desolación en la medida en que éste cree que en éstos reside la fuente de su seguridad y fortaleza. Por otra parte, la inercia del consumismo puede generar la falsa idea de que la posesión de bienes materiales no va aparejada con la acumulación de riqueza, aunque la posesión de bienes sea una consecuencia de ésta. En la novela, constatamos este fenómeno a través de la valoración hedonista de Ramón por el placer estético y la comodidad que le proporcionan sus bienes materiales; sin embargo, advertimos también que dicha apreciación es sesgada en tanto se quiere engañar pensando que sus bienes no tienen nada que ver con la acumulación de capital:

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 106.

¹⁰⁸ Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 140.

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 137.

las cosas insignificantes pero agradables pasan a ser estímulos de primer grado. A saber: el auto, mi estudio aquí en Punta Gorda, con buena biblioteca y vista al mar; este cuarto de baño, verde y negro, con poderosas canillas y un gran grifo mezclador y la bañera opulenta de curvas llenas y femeninas, una bañera que podría haber sido pintada por Matisse; mis camisas impecables, mis trajes bien planchados, mis corbatas de seda natural; los cuadros del estudio y del living, Spósito, Lima, Gamarra, Frasconi, Barcala, Espínola; los dos whiskicitos antes de la cena; la terraza del fondo, con esa paz increíble de alguna noche de verano; mi equipo estereofónico, con buenos tangos, buenos blues y buen Mozart; la Rolleiflex y su linda valijita con filtros y accesorios que nunca uso; los libros artísticos de Skira; el juego de cubiertos suecos. Me gusta estar rodeado de cosas lindas. ¿Es tan grave el delito? Nunca querría dinero para tenerlo apretado en el Banco, o para convertirme en latifundista, o para especular con valores. No me importa el dinero como tal, pero me importan algunos de los objetos que pueden adquirirse con él. No me importa el dinero en sí; pero me importa como intermediario obligatorio para la adquisición de la belleza material, de esos síntomas de mi gusto que adornan los mejores momentos del descanso.¹¹⁰

Ramón en realidad pretende engañarse pensando que su estilo de vida es ajeno al ideal capitalista, porque resulta más cómodo abandonarse a su forma de vida burguesa que, sin embargo, obtuvo por la vía paterna, que aceptar su contribución a un sistema inequitativo. Ramón sabe que la riqueza que su padre acumuló fue producto, en buena medida, de una serie de prácticas desleales e injustas, que él nunca aprobó. Y sin embargo se beneficia de sus efectos. Ramón es consciente de las deficiencias del sistema, porque en su juventud tuvo la capacidad para reconocer dicha situación: “El mundo en que yo crecí era tan distinto. Veíamos todo con la suficiente claridad como para reconocer que la injusticia del sistema en que estábamos inscritos era insultante para el género humano”¹¹¹. El problema para Ramón reside en que, aunque se reconoce burgués, no termina de aceptar su condición, en parte porque sabe que no fue a

¹¹⁰ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p.179.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 48.

través de sus habilidades que consiguió su forma de vida y en parte por debilidad de carácter. Sí, es un hombre con conciencia de clase y entiende cómo funciona el sistema, pero no termina de encontrar su lugar en éste. Le gusta la comodidad recibida, pero no los medios para obtenerla. En todo caso, el inconveniente para Ramón es la revelación de conciencia de clase y la imposibilidad, debido a sus valores, de ser indiferente al respecto, de ahí su inconformidad.

2.3 Del carácter autoritario

Como ya se mencionó, el capitalismo impide condiciones propicias para el libre ejercicio y autodeterminación del individuo, el cual ya no encuentra el sentido de pertenencia y compañía que, bajo el cobijo de los vínculos primarios, tenía. Desde esta perspectiva, y ante la imposibilidad de hacer frente a su soledad y a la sensación de desamparo, prefiere abandonar la independencia del yo individual y buscar vínculos secundarios como sustitutos de los primarios que perdió. Estos vínculos secundarios son mecanismos de evasión que sirven para evitar encarar sus circunstancias adversas. Uno de estos mecanismos se puede advertir en la: “tendencia compulsiva hacia la sumisión y la dominación o, con mayor precisión, en los impulsos sádicos y masoquistas tal como existen en distinto grado en la persona normal y neurótica, respectivamente.”¹¹²

En este sentido, una de las fuentes de las que abreva tanto el impulso masoquista como el sádico es el del sentimiento de “inferioridad, impotencia e insignificancia individual”¹¹³ que en el entorno económico-social del

¹¹² Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 156.

¹¹³ *Ibidem.*

capitalismo prevalece. El individuo se siente pequeño, “inferior”, con respecto a fuerzas incomprensibles que lo determinan y condicionan; se percibe impotente, en tanto reconoce la imposibilidad de cambiar el sistema y, — asumido como parte del engranaje industrial de una maquinaria que lo deshumaniza— advierte su insignificancia individual, ya que reconoce que es prescindible y sustituible, como un engrane o una tuerca más de un mecanismo que lo supera. Fromm comenta al respecto:

Sentirse finamente pequeño y desamparado es uno de los medios para alcanzar tal fin; dejarse abrumar por el dolor y la agonía, es otro; y un tercer camino es el de abandonarse a los efectos de la embriaguez. La fantasía del suicidio constituye la única esperanza cuando todos los demás medios no hayan logrado aliviar la soledad.¹¹⁴

Así pues, ante la imposibilidad de recuperar los vínculos primarios perdidos, el individuo está dispuesto a aceptar, de forma pasiva y sumisa, el dominio de otro, cuya característica principal sea, en apariencia y por contraste, la fuerza. En ese sentido, el objetivo del individuo masoquista será el de desdibujarse en ese otro, en parte para no responsabilizarse de sus decisiones y también para engañarse con la idea de formar parte de algo mayor que él y que lo supera. En la medida en que su necesidad de pertenencia sea más grande, más intensa será su disposición a la sumisión.

De este modo, en tanto la persona aspire a formar parte de algo percibido como superior, estará dispuesto a modificar parte integrante de su personalidad y manera de pensar para cumplir con las expectativas del grupo o individuo al que se quiere integrar, incluso a costa de su propia integridad mental o física.

¹¹⁴ *Ibidem*, p.166

Este rasgo de carácter se corresponde con lo que conocemos como personalidad masoquista. Fromm menciona:

el individuo deja de ser él mismo; adopta por completo el tipo de personalidad que le proporcionan las pautas culturales, y por lo tanto se transforma en un ser exactamente igual a todo el mundo y tal como los demás esperan que él sea. La discrepancia entre el «yo» y el mundo desaparece, y con ella el miedo inconsciente de la soledad y la impotencia.¹¹⁵

En Gloria Caselli, amante de Edmundo Budiño, identificamos esa disposición por formar parte de algo que, desde su perspectiva, la supera, incluso a costa de su propio beneficio personal. En uno de los muchos momentos en que espera la llegada de su amante, Gloria reflexiona y se cuestiona: “¿vale la pena seguir siendo fiel a un hombre que no quiso ser marido y ya no es amante y que, además, cuando era amante, le engañó cuantas veces pudo?”¹¹⁶. Han pasado 22 años desde que decidió, por petición de Edmundo, convertirse en su amante, y el carácter incondicional con el que accedió desde entonces no le ha reportado mayor beneficio, pues ella es consciente de que su amante sólo la utiliza, de la misma manera en que, por propia confesión, lo ha hecho con otros. Al respecto, el narrador se pregunta: “¿Acaso Budiño no hizo también con ella lo que quiso, y ella siempre accedió, sin rebelarse, sin protestar?”¹¹⁷. Y nosotros, a nuestra vez, nos preguntamos, ¿dónde reside el atractivo para no abandonarlo? ¿En la esperanza de compartir con ella su riqueza económica? A su vez, Gloria ya ni siquiera representa un atractivo sexual para Budiño en tanto éste “ha perdido su poder en un orden

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 196.

¹¹⁶ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 126.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 131.

más modesto, pero que también tiene su importancia”¹¹⁸. Y, sin embargo, Gloria siempre se encuentra a disposición de las necesidades de Edmundo. La respuesta a dicha cuestión la podemos identificar en razón de que, si bien Gloria no forma parte del poder que ostentan hombres como Edmundo, conoce sus secretos y es testigo pasivo de sus triquiñuelas y artimañas; en otras palabras, el simple hecho de saberse cerca de algo que la trasciende le confiere esa ilusión de pertenencia, por lo que se justifica y consuela pensando que “El hecho de acompañar a algún Número Uno trae consigo, pese a todos los pesares, una especie de orgullo”¹¹⁹. Fromm señala: “Parece que no existe nada más difícil para el hombre común que soportar el sentimiento de hallarse excluido de algún grupo social mayor”¹²⁰.

En contraparte, Gloria percibe las consecuencias que su fidelidad a Edmundo le ha reportado cada vez que se mira al espejo y “su cara le parece aceptable”, y cuando su cuerpo le recuerda el paso del tiempo: “porque uno va adquiriendo conciencia de sus órganos a medida que empiezan a doler”; asimismo, sabe que ha “perdido” la “mitad” de “su simpatía”, que todavía “hace que los hombres giren lentamente sus cabezas cuando ella pasa y hasta le digan alguna estimulante cochinada, en cuanto a ese resto ella no está demasiado segura”¹²¹. Y, sin embargo, el costo beneficio de su fidelidad a Edmundo para Gloria vale el sacrificio de su juventud.

De igual forma, advertimos la misma deferencia de actitud frente al poder en los empleados de Edmundo. Ramón, por ejemplo, no se puede explicar la lealtad de algunos de ellos a pesar del tiempo y del poco beneficio que han

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 123.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 127.

¹²⁰ Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 218.

¹²¹ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 117.

obtenido a cambio. Debemos, asimismo, advertir que su incapacidad para encontrar una explicación es porque, ya inmerso en el sistema, piensa en términos utilitarios cuando se trata de las relaciones humanas y no alcanza a identificar algún provecho. Así pues, luego de que Ramón atestiguara una conspiración orquestada por su padre para reprimir violentamente a grupos contestatarios, le reclama a éste sobre el valor moral de sus actos con la finalidad de convencerlo sobre el daño al prestigio de la familia y al país. Su padre le responde, a manera de justificación, que si actúa así, es porque el país donde vive le “queda espantosamente chiquito” y que si ha logrado amasar su fortuna, en beneficio de la familia, ha sido porque “piensa en grande”; en otras palabras, porque las condiciones se lo permiten. Cuando Ramón, luego de la discusión con su padre, sale de su despacho y se encuentra con Javier, se cuestiona sobre sus propios valores y sobre la validez del discurso de su padre, pues advierte, reflejada en Javier, esa disposición por dejarse dominar, que su padre, en su discurso, revela:

Quizá el Viejo tenga razón. Pero lo odio aunque la tenga. En todo caso, tiene razón en lo que tiene a la vista, en lo que le rodea, en ese Javier encorvado y aquiescente que ordena los chismes, introduce los pelmas, festeja las bromas, dice oh, se indigna cuando hay que indignarse, se achica cuando hay que achicarse, desaparece como persona, se vuelve eco, enano, huella, molde, migaja, cuzco, piltrafa. Tiene razón en lo que tiene a la vista porque no quiere ver el resto.¹²²

Ramón, sin embargo, a diferencia de Javier o de Gloria, se resiste a cubrir las expectativas de los demás, porque reniega de los valores del estrato social al que pertenece, en parte, por una necesidad de distinguirse de su padre

¹²² *Ibidem*, p. 79.

y todo lo que implica, y porque es capaz de identificar los defectos del sistema.

En todo caso manifiesta su inconformidad e incomodidad:

en este país de tipos como yo mismo, desacomodado en mi apellido porque reniego de toda la inmundicia que hoy lleva implícita el nombre Budiño; desacomodado en mi clase porque mi bienestar económico me duele como una culpa, como una mala conciencia, en tanto que mis iguales disfrutan del confort como podría hacerlo una hembra regalona; desacomodado en mis creencias, sobre todo políticas, porque extraigo mis recursos de un sistema de vida totalmente opuesto al que prefiero; desacomodado de mis relaciones, porque quienes participan de mi nivel social me consideran poco menos que un bellaco y quienes participan de mis creencias políticas me consideran poco menos que un tráfuga.¹²³

Por otro lado, conviene advertir en Ramón que parte de su indisposición a encajar en las expectativas ajenas tiene su origen en la imposibilidad de obtener el reconocimiento paterno, por quien tiene, como ya se dijo, sentimientos ambivalentes, porque, si bien Ramón no se distancia del todo de su padre, tampoco asume una actitud complaciente con respecto a su autoridad. Es decir, se resiste y se rebela. Fromm señala : “La dificultad especial que existe en reconocer hasta qué punto nuestros deseos —así como los pensamientos y las emociones— no son realmente nuestros sino que los hemos recibido desde afuera, se halla estrechamente relacionada con el problema de la autoridad y la libertad”¹²⁴.

Ahora bien, para profundizar en nuestro estudio con respecto a los vínculos secundarios conviene identificar lo que Fromm llama “carácter autoritario” y su respectiva correspondencia con la personalidad masoquista. La característica principal del carácter autoritario reside en la necesidad de lograr

¹²³ *Ibidem*, p. 267.

¹²⁴ Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 259.

el dominio completo sobre otra persona, en contraposición con el carácter masoquista, cuyo rasgo esencial es el de ser sometido, ser dominado. Para lograr la satisfacción de su necesidad de dominio, el carácter autoritario requiere la presencia de alguien que esté dispuesto a dejarse dominar de manera sumisa y pasiva, por lo que convenimos en que, para que exista un sádico, se requiere de un masoquista y viceversa. No hay posibilidad de existencia *per se*.

El común denominador entre el carácter autoritario (sádico) y el masoquista es la respectiva “incapacidad de soportar el aislamiento y la debilidad del propio yo”¹²⁵, por lo que, en su afán por evadirse, ambos resuelven perder la “integridad de su personalidad” y generan en compensación una dependencia compartida. Ambos caracteres se complementan en una relación que Fromm designa con el nombre de simbiosis, y en ambos persiste la incapacidad de aceptar el sentimiento de soledad y desamparo.

Lo que distingue al carácter autoritario del masoquista es la percepción de superioridad con respecto a su complemento. En este sentido, para el carácter autoritario resulta inconcebible la idea de igualdad. Su percepción con respecto a los demás es maniquea en tanto distingue en la sociedad sólo a personas con poder y sin él: “Para él el mundo se compone de personas que tienen poder y otras que carecen de él; de superiores y de inferiores”.¹²⁶

En este sentido, advertimos que Edmundo cumple con el perfil del “carácter autoritario” entre otras cosas porque, en su apreciación de la gente que lo rodea, siempre distingue a débiles de fuertes y él siempre se incluye entre los últimos. Por ejemplo, Ramón señala que cuando cualquier miembro de la familia se dirige a su padre, lo hace de manera respetuosa, con el pronombre

¹²⁵ *Ibidem*, p. 171.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 184.

usted por anticipado. Pero lo que sugiere Ramón es que esta formalidad se debe a que el “Viejo” ha creado las condiciones necesarias para que su familia sea capaz de reconocer que no son iguales; que él, Edmundo, está por encima de los demás: “Por algo todos lo tratamos de usted. Todos: hijos, nietos, nueras. Un hábito anacrónico que él ha sabido mantener, para dejar bien especificada la distancia. Siempre la distancia. Hacia abajo es desprecio. Hacia arriba, admiración.”¹²⁷

Asimismo, cuando se trata de identificarse dentro de un sector o grupo determinado, Edmundo se reconoce como uno más de los hombres fuertes, poderosos, que se imponen, como los dictadores de Paraguay y Nicaragua. De la misma manera, expone su semejanza con el país más poderoso de Occidente. Cuando el patriarca discute con su nieto Gustavo sobre la democracia, no tiene inconveniente en confesar abiertamente tanto su menosprecio por la práctica democrática como su preferencia por la dictadura:

—En la democracia me hago caca, pero me sirve para ganar plata y entonces soy Demócrata con todas las mayúsculas que quieras. Ésa es la gran afinidad, que vos nunca podrás comprender, entre los Estados Unidos y este servidor. A ellos tampoco les importa la democracia, a ellos también les interesa el negocio. Democracia les significa buena propaganda y hacen tanto ruido con ella, incluso frente a Cuba, que nadie se acuerda de cómo alimentan a Stroessner y a Somoza, dos de los míos.¹²⁸

En contraste, para Edmundo, no sólo su familia se encuentra por debajo de él —es débil—, sino el país entero, de quien destaca su inferioridad: “¿Todavía no te enteraste de que yo no tengo nada en común con este país?”

¹²⁷ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 44.

¹²⁸ *Ibidem*, p. 111.

¿Todavía no te enteraste de que este país me queda espantosamente chico?”¹²⁹. En la medida en que Edmundo identifica los rasgos de inferioridad en el carácter de sus compatriotas, se siente con derecho a ejercer su poder absoluto sobre ellos. Esta facultad la ejerce, por ejemplo, cuando considera necesario reprimir a las personas que no reconocen su autoridad y discrepan de las decisiones ejercidas por quienes, como él, detentan el poder. Así pues, no tiene reparo en repartir, en presencia de su hijo Ramón, armas e instrucciones a un grupo de “mequetrefes” recomendados por la embajada (no se menciona qué embajada, aunque el lector podría inferir su pertenencia) para reprimir con lujo de violencia un acto de protesta: “Acto socialista, tiros al aire, evidente, represión justificada, hay que actuar con energía, dos profesores que joroban demasiado, a la cárcel con ellos.”¹³⁰ Edmundo ejerce su poder autoritario sobre sus compatriotas, porque ellos se lo permiten; porque existe quien se pueda dejar dominar. De esta manera, destacamos, posterior al acto represor y ya en casa de Gloria, la confesión de Edmundo: “¿Es que este país no tiene fondo?”¹³¹, y añade, “¿Qué más suciedad puede lograr el nombre Budiño que la que yo le he otorgado, con el general beneplácito de la nación, esa misma nación que en castigo me ha convertido poco menos que en prócer?”¹³². Edmundo no sólo reconoce que, si ha podido abusar de su poder e imponerse por encima de sus congéneres, ha sido por la actitud complaciente y sumisa de estos, sino que también, a cambio, esos mismos compatriotas le han otorgado el reconocimiento de su liderazgo. Fromm señala: “Las principales formas colectivas de evasión en nuestra época están representadas por la sumisión a un

¹²⁹ *Ibidem*, p. 78.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 76.

¹³¹ *Ibidem*, p. 128.

¹³² *Ibidem*, p. 129.

líder, tal como ocurrió en los países fascistas, y el conformismo compulsivo automático prevalece en nuestra democracia.”¹³³

Este ejercicio desmedido de poder Edmundo lo practica incluso con los miembros más cercanos de su familia. Baste un ejemplo: sin considerar el consentimiento explícito de su esposa para tener relaciones sexuales, Edmundo se vale de su fuerza física, superior a la de su pareja, para obtener lo que desea. No hay una relación entre él, su conyugue y los demás miembros de la familia de respeto, equidad o igualdad, sino simplemente imposición y abuso de poder.

Ahora bien, de entre todos los miembros de la familia, destaca la relación ríspida de Edmundo con su hijo Ramón en quien reconoce al más débil. En un monólogo (no se le podría calificar de otra manera, ya que no pretende escuchar sino ser escuchado) que tiene con Gloria, reconoce la inteligencia y la capacidad crítica de Ramón, “Ve claramente las cosas, es inteligente, desde que era un botija tenía una mirada vivaz que todo lo captaba”¹³⁴, pero lo menosprecia por haber aceptado su dinero para montar la Agencia, aún cuando Ramón sabía del origen ilegítimo del recurso económico. Edmundo expresa al respecto: “En vez de decirme: Viejo, métase la plata en el culo, yo voy a empezar de abajo, con lo que puedo y soy, nada más”¹³⁵.

En ese sentido, Edmundo advierte la felicidad que pudiera haber recibido de su hijo si éste hubiese rechazado su dinero, “Él no sabe qué abrazo le daría”¹³⁶, porque en ese instante Ramón le hubiese demostrado su superioridad, su fuerza y, entonces, Edmundo lo hubiese percibido a lado de él, como un hombre poderoso y futuro heredero de su emporio. Sin embargo, y ante su

¹³³ Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 149.

¹³⁴ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 129.

¹³⁵ *Ibidem.*

¹³⁶ *Ibidem.*

desencanto, Edmundo no tiene inconveniente en mostrar abiertamente la abyección de su conducta a su hijo, quien, a su vez, advierte cierta animadversión de su parte:

Es extraño. Sin embargo, estas cosas terribles que me dice, no se las dice a nadie más. Y ello quizá demuestra simultáneamente dos cosas. Primero, que a nadie odia tanto como a mí. Pero también que con nadie tiene tanta confianza como para decirlas. Porque esto es él. Este brutal autorretrato que me brinda siempre que puede y al que siempre agrega alguna nueva pincelada. Esto es él y no sus editoriales inflamados, venenosos, implacables, tan deshonestos como insensibles. Esto es él y no las palmaditas en el hombro, no los finales de discursos con los brazos abiertos y miradas al cielo, de impía devoción, no el tono de seguridad con que grita sus pocas incertidumbres, no el correcto menosprecio con que habla de mí frente a sus amigotes, no sus falsas congojas frente a las catástrofes ni sus ojos crueles y humedecidos frente a los arbolitos de Navidad. Esto es él y no sus fotografías con sonrisa oficial, su biblioteca de cinco mil volúmenes, buena parte no desvirgados por el cortapapel, ni el gesto compungido cuando habla de Mamá o la munificencia con que envía, pero no lleva, toneladas de flores a su nicho en cada aniversario de su muerte.¹³⁷

Edmundo percibe a Ramón como un hombre débil: “Un indeciso, eso es lo que es. Un indeciso y un cobarde”¹³⁸, por lo que se ensaña con él. Sin embargo, debemos advertir que su objetivo no es destruirlo. En la relación simbiótica entre el sádico y el masoquista, se necesitan uno a otro. Edmundo no es una persona destructiva, porque su intención no es eliminar al otro, ya que lo requiere para ejercer su dominio: “La persona destructiva quiere destruir el objeto, es decir, suprimirlo, librarse de él. El sádico, por el contrario, quiere dominarlo, y, por lo tanto, sufre una pérdida si su objeto desaparece¹³⁹”. De ahí que, cuando Ramón se suicida, Edmundo pierde el vínculo principal con su contraparte, con la persona a la que debía su condición autoritaria, y se muestra

¹³⁷ *Ibidem*, p. 166.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 130.

¹³⁹ Erich Fromm, *Op. cit.*, p. 172.

tal cual es: un hombre débil, cuyo “deseo de poder no se arraiga en la fuerza, sino en la debilidad”¹⁴⁰.

En este sentido, Gloria es testigo de la transformación que sufre su amante luego de la muerte de Ramón, y su percepción con respecto al poder que proyectaba Edmundo se modifica: “es la primera vez que ve a un Edmundo Budiño inerme, débil, perplejo; la primera vez que lo mide en su exacta dimensión, sin la bambolla de su inteligencia, sin la simetría de su crueldad”¹⁴¹. Por primera vez, Gloria “Tiene la loca urgencia por dejarlo”¹⁴², y el narrador reafirma, “Nunca sintió tanta urgencia”. Para Gloria, Edmundo ya no es capaz de proporcionarle ese sentido de pertenencia que antaño la retuviera, y su carácter sumiso deja de tener razón de ser en tanto la contraparte también deja de existir.

A su vez, la decisión que toma Ramón en el desenlace —desde la perspectiva del análisis de este capítulo— es, por una parte, en razón de la imposibilidad de desvincularse de la autoridad paterna, desmesurada y desenfrenada, sin con ello afectar a su hijo, a su cuñada, y a él mismo y, por otra, ante la incapacidad, desde su perspectiva, de superar a su padre y mostrarle su valía.

Al otro día de proponer a Susana “empezar de nuevo y desde abajo”, Ramón se ofrece a llevar a Gustavo a la universidad. En el camino, Ramón le pregunta a su hijo si discutió de política con su abuelo, a lo que Gustavo responde afirmativamente. Ramón le confiesa que, con respecto a las ideas de su hijo, y en contraste con Edmundo, está de acuerdo en esencia con él, pero difiere en algunos aspectos. Entre otros, le hace ver que para que existan

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 174.

¹⁴¹ Mario Benedetti, *Op. cit.*, p. 294

¹⁴² *Ibidem*.

condiciones para la transformación que él y sus amigos persiguen, se tiene que gestar primero un cambio en la consciencia moral de los individuos antes que en el sistema económico; es decir, que la posibilidad de cambio sólo será viable si cambian las prácticas desleales y corruptas de los individuos:

Habría que acabar con esta encerrona de los capitales, con la tierra en tan pocas manos, con la falta de personalidad y de originalidad de nuestra política internacional, con la corrupción administrativa, con el negociado de las jubilaciones, con el pequeño y gran contrabando, con la muñeca, con los caudillos de club, con las torturas policiales, con los autos baratos para diputados.”¹⁴³

Asimismo, añade que el detonante para el cambio no se va a encontrar en la experiencia revolucionaria de otros países, “de Bolivia, de Cuba o de Ghana”, sino que, para su concreción, sería necesario proponer y concebir un nuevo modelo que se adapte a las características propias del “temperamento” e “inhibiciones” de su pueblo, por lo que advierte que, si “estallamos, no por propia convicción, sino pura y exclusivamente porque estallan nuestros vecinos y el fuego se propaga, lo más probable es que las llamas recibidas no nos sirvan de nada, como no sea para destruirnos”¹⁴⁴. Sin embargo, la advertencia de Ramón con respecto a la inconveniencia de dejarse llevar por la inercia de países vecinos no se aplica en la vida de Gloria para quien, la combustión generada por Ramón a partir de su suicidio, constituye una epifanía.

Caselli, en un viaje hacia Buenos Aires, coincide con Ramón como compañeros de asiento, sin que éste supiera de la relación clandestina de su padre con ella. Durante el vuelo casi no cruzan palabra, excepto cuando ella toma un cigarrillo y él le acerca el encendedor. “Gracias por el fuego”, son las

¹⁴³ *Ibidem*, p. 136.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p. 140.

palabras de atención por el gesto. En ese momento, ella no sabía que, años después, estaría agradecida con él porque, a partir de la chispa que genera con su muerte, comenzaría su libertad. Termina la relación simbiótica entre ella y Edmundo. El autoritarismo llega hasta donde lo permite el sujeto sumiso.

Para Gloria, la muerte de Ramón sitúa a Edmundo en su justa dimensión. Edmundo representó para Gloria, como para un sector importante de su sociedad, una especie de tótem al que se tenía que venerar. Pero luego del acto transgresor por parte de Ramón, Gloria logra desvincular a Edmundo de su autoridad y mostrarlo como es: un hombre arrepentido y pequeño. La amante de Edmundo advierte su capacidad para empoderarse de su vida y actuar en consecuencia. Gloria representa simbólicamente a esa sociedad que ante el ejemplo del sacrificio del héroe es capaz de emanciparse y luchar por sus derechos.

2.4 Semejanzas y divergencias.

Abordar tanto las vivencias del autor como las circunstancias en las que nace su obra puede resultar de utilidad para una mejor interpretación de la intención subyacente del relato. Benedetti escribe *Gracias por el fuego* entre 1963 y 1965, posterior a la polémica y éxito que generaron respectivamente tanto su ensayo *El país de la cola de paja*, publicado en 1960 como su novela *La tregua*, del mismo año. La primera crítica que recibe con respecto a su novela es negativa y viene de parte de su amigo y primer lector Emir Rodríguez Monegal, por aquel entonces director de la sección literaria del semanario *Marcha* —quizá la publicación más importante de Uruguay en cuanto a su

espíritu crítico—, y creador del término Generación del 45, quien recomienda a Benedetti destruirla: “—¿Quieres una opinión sincera? Quemála. Se llama *Gracias por el fuego* ¿no? Bueno, quemála.”¹⁴⁵ Benedetti, sin embargo, decide darle otra oportunidad y busca una opinión imparcial: inscribe su novela en el concurso internacional Premio Biblioteca Breve en Barcelona, en 1963, y decide probar suerte. La novela queda como finalista con la novela *Los Albañiles* de Vicente Leñero y en la quinta ronda de desempate obtiene el segundo lugar, “con la recomendación de ser publicada” y con la sugerencia de Carlos Barral de hacer algunas modificaciones. Benedetti señala:

me proponía que hiciera cambios en tres de los capítulos y en especial el último, que era espantoso. Sumé esta opinión del árbitro a la de Rodríguez Monegal y decidí suprimir lisa y llanamente los tres capítulos, reescribir el último e introducir el monólogo interior de la amante del Viejo. Envíe la nueva versión y Barral quedó conforme. Y yo también.¹⁴⁶

Resulta significativo, por otra parte, que la censura española haya detectado un elemento crítico adverso a los intereses de su propio régimen autoritario, por lo que, a pesar de haber obtenido el segundo lugar del Premio Biblioteca Breve de Barcelona, el gobierno haya decidido prohibir la publicación de la obra en España, debido a que “ofendía los conceptos de honor, familia y patria”.¹⁴⁷ Finalmente, la editorial uruguaya Alfa edita la novela y se publica hasta el año de 1965.

Ahora bien, el tema del autoritarismo no es ajeno a la experiencia vivencial del autor, quien sufrió en carne propia sus efectos. Benedetti señala que este abuso de poder lo padeció en la infancia, por parte de su profesor de

¹⁴⁵ Paoletti, Mario, *El aguafiestas Benedetti. La biografía*. Madrid, Santillana, 1995, p. 110.

¹⁴⁶ *Ibidem.*, p. 110.

¹⁴⁷ Paoletti, Mario, *Op. cit.*, Madrid, Santillana, 1996, p. 110.

nivel básico. Cuando el padre de Mario, Brenno Benedetti, se encontró en mejores condiciones materiales, luego de 8 difíciles años de dificultades económicas, decidió inscribir a su primogénito Mario, de 9 años, al Colegio Alemán, porque “tenía una profunda admiración por el espíritu científico de los alemanes” —el padre de Mario era químico de profesión. La decisión del progenitor estuvo más justificada por el tipo de formación que proveía la escuela que por la pose social o el prestigio socioeconómico que implicaba la pertenencia a este tipo de instituciones. En este sentido, las coincidencias entre el personaje Edmundo Budiño y Brenno Benedetti son evidentes. En la novela, cuando tía Olga sugiere la conveniencia de una escuela privada como el British en contraposición con la escuela pública, de la que tiene una opinión prejuiciosa y negativa, Edmundo interviene categórico y señala que su decisión por el Colegio Alemán está fundada en su aprecio por la lengua y no por lo que señala su cuñada. Benedetti, como su protagonista Ramón, acude al Colegio Alemán, aprende la lengua, y recibe cátedra de un hombre llamado Hauptmann, (del mismo nombre que el catedrático de la novela) de quien sufrió, igual que su protagonista, “castigos corporales”¹⁴⁸, de los cuales no hablaba en casa por temor a que lo cambiaran de escuela y la alternativa fuera aún peor. Por otro lado, es también en estos años cuando Benedetti soporta en carne propia la discriminación, pues su maestro seccionaba el grupo en A y B. La A era para los descendientes de alemanes y la B para “los «uruguayitos»”. No podemos dejar de advertir las semejanzas entre el protagonista de la novela, quien, por cierto, al momento de su narración, tiene la edad de 44 años, y el propio autor, con quien también comparte esta referencia.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 30.

La gota que derramó el vaso —la expresión autoritaria más contundente— fue cuando en el Colegio exigieron a los alumnos de la institución saludar con el brazo extendido, a la manera nazi. Era 1933 y las elecciones en Alemania las acababa de ganar el Partido Nazi con Adolfo Hitler al frente. Brenno toma una decisión drástica al respecto: saca a Mario del Colegio. Cuando Mario pregunta la razón, su padre responde: “—ese es el saludo nazi. Y los nazis son unos salvajes”¹⁴⁹. El repudio de la familia Benedetti por el fascismo es tal que “cuando llamaron a voluntarios para la Segunda Guerra Mundial”¹⁵⁰, padre e hijo se presentan para combatirlo.

Ahora bien, podemos preguntar qué sentido tiene para Benedetti exponer, a través de su novela, la manera de pensar del pueblo uruguayo con respecto al autoritarismo. La respuesta es evidente: Benedetti se anticipa y denuncia en su obra una atmósfera política y una crisis de valores, por parte de un sector muy conservador de Uruguay, propicias para allanar el terreno fértil en el futuro cercano para el arribo a su país de un dictador. Recordemos que apenas pasarán ocho años después de la publicación de *Gracias por el fuego* para que Uruguay sufra las consecuencias de una sociedad pasiva y conformista, a través del golpe de Estado perpetrado por Juan María Bordaberry.

Sin embargo, la dictadura de Bordaberry no fue el primer referente en la historia de Uruguay con respecto al autoritarismo de Estado. El hecho histórico anterior al régimen de Juan María se remonta al año de 1933 y guarda relación con un recuerdo que marcó profundamente al autor en su infancia tardía y que resulta de gran importancia para la interpretación del texto. Como bien señala el psicoanalista Santiago Ramírez, infancia es destino, y “los motivos generadores

¹⁴⁹ *Ibidem.*

¹⁵⁰ *Ibidem*, p. 35.

de conducta son fundamentalmente infantiles y se encuentran anclados en el pasado”¹⁵¹, por lo que no resulta difícil considerar que algunas de las decisiones inconscientes de la vida adulta del escritor —como la creación de *Gracias por el fuego*— tuvieran su origen en un recuerdo, el cual, muy probablemente, se relaciona con la primera vez que Benedetti, con apenas 12 años de edad, tuvo conciencia de un acto suicida. Su experiencia la expresó en estos términos: “quedé deslumbrado frente a los pormenores del suceso”¹⁵². Benedetti se refiere al recuerdo del suicidio del expresidente de Uruguay, Baltasar Brum, quien con su acto pretendía, probablemente, sentar un precedente para motivar a sus conciudadanos para defender su libertad. Al respecto, conviene conocer el contexto en el que se suscitó este acontecimiento.

Baltasar Brum fue presidente de Uruguay en el periodo comprendido de 1919 a 1923 (Benedetti tenía apenas 3 años de edad cuando concluyó su administración). Su mandato se caracterizó por darle continuidad a las políticas públicas de sus antecesores batllistas, las cuales consistían, básicamente, en modernizar Uruguay a través del intervencionismo económico del Estado y de la rectoría del mismo. Brum, como sus antecesores, estaban convencidos de las virtudes del capitalismo y se apoyó en este modelo económico para urbanizar Uruguay —descuidando un poco el sector rural. Sin embargo, su mayor aporte a la historia fue su participación en la redacción de la Constitución de 1918, en la que se establece la división de poderes de Estado y se sienta un precedente legal para que el presidente sea designado por voto universal. Brum era, en pocas palabras, un defensor de la democracia y la libertad. Sin embargo, en 1933, el presidente electo Gabriel Terrá, con apoyo del ejército y la policía dio un golpe

¹⁵¹ Ramírez, Santiago, *Infancia es destino*. México, Siglo XXI Editores, 1998, p. 13.

¹⁵² Benedetti, Mario, *El país de la cola de paja*., Montevideo, Editorial Arca, 1963, p. 85.

de estado: disolvió el parlamento y desconoció la Constitución de 1918; asimismo, ordenó la aprensión de Brum, quien, apertrechado en su casa, se defendió a punta de pistola. Lo lamentable de este hecho es que probablemente Brum pensó que iba a encontrar resonancia su grito de lucha por la defensa de la libertad uruguaya, cuando en la deplorable realidad algunos curiosos se congregaron en torno a su casa y vieron impasibles, sin intervenir, protestar o sumarse a la rebelión, cómo grupos armados de la policía buscaban someter al expresidente, por lo que —no sabemos si llevado por la desesperación o como acto de defensa de su dignidad y libertad— Brum sale a la calle y se pega un tiro, en presencia de policías y ciudadanos. Benededitti lo expresa en estos términos:

Cuando Baltasar Brum, el 31 de marzo de 1933, sacrificó su vida en el más difícil arranque de dignidad, sin duda creyó que ese sacrificio encontraría un eco inmediato en la decisión de quienes vivían permanentemente con la democracia en los labios. Sin duda creyó que su gesto iba a ser el tremendo ejemplo que faltaba para mover el gatillo de la modesta heroicidad, de la mínima valentía que puede exigirse al ciudadano medio: la defensa de la ley que él mismo se ha otorgado. Por desgracia, ese tiro no sólo terminó con el último de los héroes, sino que sirvió además como señal de partida para la ardua carrera de los pusilánimes.¹⁵³

No podemos dejar de advertir una leve coincidencia entre el acontecimiento histórico y la decisión final del protagonista de la novela que ocupa nuestro estudio. Si bien Ramón Budiño no es un héroe o personaje público —como su padre—, y tampoco contribuye con sus actos al beneficio común, su decisión final genera la combustión necesaria para que otro personaje, Gloria Castelli, se deje llevar por el ardor producido. La

¹⁵³ *Ibidem.*

correspondencia entre el suceso real y el ficticio estriba en la consecuencia que entraña el suicidio para la otredad. En la ficción, tanto el padre, Edmundo Budiño, como la amante de éste sufren los efectos posteriores al suicidio. En la realidad, si bien buena parte del pueblo uruguayo no reaccionó ante la afrenta nacional, en Benedetti dejó una profunda impresión que tuvo repercusión en su vida y, de manera muy particular, en su novela *Gracias por el fuego* y en su ensayo *El país de la cola de paja*.

Ahora bien, un planteamiento reduccionista nos llevaría a abordar el acto suicida o bien como un acto de valentía o bien de cobardía. Sin embargo, como ya se mencionó, es un fenómeno más complejo y difícil de entender. Si bien, jamás sabremos que pasó por la cabeza de Brum en el momento en el que toma su última y difícil decisión, podemos especular sobre la desesperación experimentada ante la impotencia por eliminar al dictador y conservar su libertad, de la misma manera en que en la novela, Ramón Budiño, desesperado, elimina la fuente de displacer en la dimensión del deseo ante la imposibilidad de hacerlo de forma directa. La diferencia obvia entre Ramón y Brum radica en que el primero no esperaba arrastrar a nadie a seguir su ejemplo —aunque lo hace de forma indirecta con Gloria—, y el segundo probablemente sí esperaba que su acto despertara la conciencia e indignación de sus conciudadanos para que se levantaran en pie de lucha ante el dictador.

De esta manera, se demuestra que el parricidio-suicidio funciona también como mecanismo de emancipación ante la imposibilidad de despojar a la figura de autoridad y, de paso, sienta un paradigma para otros por sus secuelas.

Conclusiones

Gracias por el fuego es una obra imprescindible no sólo porque —desde el punto de vista estético— facilita una mejor valoración de la literatura uruguaya, sino también porque nos permite comprender mejor el perfil ideológico, psicológico y moral de un estrato social propio de una región de Uruguay y de una época determinada. La novela revela, a partir de la descripción de los motivos conscientes e inconscientes de sus personajes, aquellos rasgos de una sociedad que posibilitó y toleró el establecimiento de regímenes dictatoriales durante un periodo amplio de tiempo en buena parte del territorio hispano del continente. Si bien la obra no critica directamente a la dictadura como régimen, sí sugiere, a través del vínculo entre sus personajes Edmundo y Ramón, la problemática que suscita la relación asimétrica entre la figura de autoridad y sus subordinados, símbolos, respectivamente, del abuso de poder y del pueblo imposibilitado en más de un sentido a insurreccionarse frente a éste.

En la novela, la correlación ambivalente entre Edmundo y su hijo Ramón no sólo expresa la dificultad que entraña la relación filial en el ámbito de lo familiar, debido a su origen psíquico, sino también, de forma alegórica, el abuso de poder por parte de la autoridad y el sometimiento de sus inferiores. A su vez, la relación asimétrica de poder entre ambas partes, surge de un sentimiento de soledad, vulnerabilidad, desamparo y falta de pertenencia que promueve el sistema económico vigente.

Por otra parte, el suicidio constituye, ante la propia adversidad, tanto la manifestación de una impotencia contenida, como la expresión contestataria

ante la indiferencia cercana y ajena. Con este acto transgresor —con su sacrificio— el personaje principal consigue liberarse de la opresión paterna y al mismo tiempo, en la dimensión del deseo, cumplir el cometido de eliminar la fuente de displacer y concretar el parricidio. Asimismo, y de manera involuntaria, su acto sienta un precedente que cumple una función subversiva para la otredad.

Benedetti expresa, a través de su obra, situaciones de la condición humana tan vigentes en la actualidad como en el momento en el que publicó su novela. Mucho se ha discutido sobre la pertinencia de incluir al uruguayo en el canon literario, debido a cierta facilidad que encuentra el lector para decodificar el contenido. Esta sencillez suele interpretarse, de manera errónea, como una falta o carencia de calidad. Sin embargo, su novela trasciende no sólo por la cualidad estética que expone, sino también por la manera en que retrata la naturaleza y condición del ser humano.

No se pretende reivindicar o defender la obra de Benedetti frente a sus ávidos lectores, quienes de suyo siempre han apreciado su literatura, sino frente a algunos de sus pares o críticos, quienes han menospreciado o subestimado la calidad de su producción literaria. La obra se defiende por sus propios méritos. El estudioso juzgará y le dará su justo lugar a Benedetti entre los escritores que han logrado superar la prueba del tiempo.

Asimismo, conviene destacar el lugar que ocupa *Gracias por el fuego*, entre otras obras de la narrativa latinoamericana, como *Pedro Páramo*, *Yo, el supremo* o *Los años falsos*, que se adscriben a una tradición literaria donde se exponen las múltiples representaciones del padre: el dictador, el patriarca, el caudillo, y su relación compleja, ambivalente, con el vástago, representación alegórica, en muchos casos, del gobernado.

En resumen, se demuestra con el presente estudio, que la solución al conflicto filial entre padre e hijo —que se resuelve a través del suicidio— no es sino la consumación del parricidio en la dimensión del deseo. Por otra parte, e interpretado desde el ámbito del sacrificio, se instaura, como último legado, un precedente para la otredad por sus efectos, los cuales se cumplen en el personaje de Gloria, quien agradece la combustión iniciada con el último acto transgresor de Ramón.

Bibliografía directa:

Benedetti, Mario, *Gracias por el fuego*. México, Alfaguara, 2005, 292 pp.

Bibliohemerografía indirecta:

Alveano Hernández, Jesús, *El padre y su ausencia*. México, Plaza y Valdés, 1998, 86 pp.

Baquero, Mariano, *Estructuras de la novela actual*. Barcelona, Planeta, 1972, 250 pp.

Befumo Boschi, Lilliana; Tineo de Garoni, Gabriela, "Tratamiento del tiempo en Gracias por el fuego de Mario Benedetti" en *Explicación de textos literarios. Department of Foreign Languages California State University*, 1986-1987, Vol. XV-1, 3-20 pp.

Benedetti, Mario, *El país de la cola de paja*. Montevideo, Editorial Arca, 1963, 160 pp.

Bettelheim, Bruno, *Heridas simbólicas. Los ritos de pubertad y el macho envidioso*. Traducción de Patricia Grieve. Barcelona, Barral Editores, 1974, 245 pp.

Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, Traducción Luis Echávarri. Madrid, Alianza, 1981, 181 pp.

Casafont, J. R., *El lector de Sigmund Freud*. Barcelona, Océano, 2001, 215 pp.

- Dor, Joël, *El padre y su función en psicoanálisis*. Traducción de Irene Agoff. Buenos Aires, Nueva Visión, 1998, 106 pp.
- Durkheim, Emile, *El suicidio*. México, Ediciones Coyoacán, 1998, 343 pp.
- Eagleton, Terry, *Introducción a la teoría literaria*. Traducción de José Esteban Calderón. México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 291 pp.
- Freud, Anna, *El yo y los mecanismos de defensa*. Traducción de Y. P. de Cárcamo y C. E. Cárcamo. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1954, 201 pp.
- Freud, Sigmund, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu, 2016, 101 pp.
- , *El malestar en la cultura*. Traducción de Ramón Rey Ardid y Luis López Ballesteros y de Torres. Madrid, Alianza, 2010, 334 pp.
- , *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología*. Traducción de Ramón Rey Ardid y Luis López Ballesteros y de Torres. México, Alianza, 1989, 221 pp.
- , *Introducción al psicoanálisis*. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Madrid, Alianza, 2000, 486 pp.
- , *La interpretación de los sueños*. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. México, Círculo de lectores, 1980, 641 pp.
- , *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres, y Ramón Rey Ardid. Madrid, Alianza, 2003, 173 pp.
- , *Moisés y la religión monoteísta y otros escritos sobre judaísmo y antisemitismo*. Traducción de Ramón Rey Ardid. Madrid, Alianza editorial, 2001, 190 pp.
- , *Psicología de las masas*. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Madrid, Alianza, 2000, 205 pp.

- , *Tótem y tabú*. Traducción de Luís López Ballesteros y de Torres. Madrid, Alianza, 2002, 228 pp.
- Fromm, Erich, *El miedo a la libertad*. México, Editorial Paidós, 2019, 310 pp.
- Ilg, Andreas, *Hamlet. Entre el duelo y el deseo. Psicoanálisis, literatura y filosofía de la historia*. México, Siglo XXI Editores, 2018, 240 pp.
- Jaques Lacan, *Las formaciones del inconsciente seguido de El deseo y su interpretación*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1970, 173 pp.
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización*. Traducción de Juan García Ponce. Barcelona, Editorial Ariel, 2002, 253 pp.
- Marx, Karl, *Manuscritos de economía y filosofía*. Traducción, introducción y notas de Francisco Rubio Llorente. Madrid, Alianza Editorial, 2001, 249 pp.
- Menninger, Karl, *El hombre contra sí mismo*. Traducción de Pedro Debrigode. Barcelona, 1972, 452 pp.
- Olivier, Christiane, *Los hijos de Orestes o la cuestión del padre*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, 186 pp.
- Ontañón, Paciencia, *Ana Ozores, La Regenta. Estudio psicoanalítico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1987, 134 pp.
- Paoletti, Mario, *El aguafiestas. Benedetti. La biografía*. Madrid, Santillana, 1996, 266 pp.
- Ramírez, Santiago, *Infancia es destino*. México, Siglo XXI Editores, 1998, 216 pp.
- Ruitenbeek, Hendrik, *Psicoanálisis y literatura*. Traducción de Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1973, 453 pp.
- Solomianski, Alejandro, “Últimos saludos al compañero y maestro: primeros balances póstumos” en *A contracorriente: Revista de Historia Social y*

Literatura en América Latina [en línea]. NC State University, 2010, Vol. 8, No. 1, 423-430 pp.